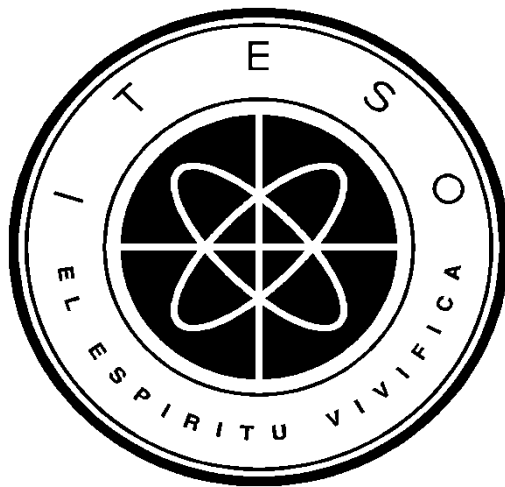


**INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS
SUPERIORES DE OCCIDENTE**

RECONOCIMIENTO DE VALIDEZ OFICIAL, ACUERDO S.E.P. NO. 15018
PUBLICADO EN EL DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACION
EL 29 DE NOVIEMBRE DE 1976.



DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

DEL PANÓPTICO DE FOUCAULT AL «CIBERPANÓPTICO»
Un acercamiento filosófico a la vigilancia y a las relaciones de poder en el ciberespacio

ENSAYO CRÍTICO QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y CIENCIAS SOCIALES

PRESENTA
Antonio Cham Fuentes

TLAQUEPAQUE, JALISCO. MARZO 2020

Me dedico este trabajo de investigación: por todo el esfuerzo y el empeño que en él imprimí, que ahora han rendido fruto (a pesar de las numerosas dificultades por las que atravesé durante su elaboración y que sólo yo conozco).

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....	7
PREÁMBULO: ACERCA DE LA HERRAMIENTA	11
a) Heidegger: el «trato con los útiles»	11
b) Javier Bustamante: la herramienta y el control sobre la vida cotidiana	13
I. LA COMUNICACIÓN EN EL «CIBERESPACIO»	17
a) Pasado y presente	17
b) Ciberespacio	18
c) Privacidad.....	22
d) Poder.....	25
II. LA HERRAMIENTA HOY: USO, DINAMISMO Y EXPANSIÓN.....	29
a) Dato, información y conocimiento.....	29
b) Operatividad de la herramienta hoy	30
c) Ciberespacio y privacidad	34
d) Ciberespacio privacidad y poder	38
III. FOUCAULT, EL PANÓPTICO Y EL «CIBERPANÓPTICO»	43
a) Suplicio, prisión y «cibervigilancia».....	43
b) Espacio, panóptico y «ciberpanóptico».....	48
c) Herramienta, panoptismo e introyección.....	53
IV. EL SUJETO EN EL PODER	55
CONCLUSIONES.....	61
FUENTES DOCUMENTALES	67

INTRODUCCIÓN

Los medios de comunicación han evolucionado de manera acelerada en las últimas décadas por consecuencia de los avances tecnológicos materializados en toda suerte de dispositivos que permiten estar al tanto de manera permanente acerca de lo que sucede a nuestro alrededor y más allá de nuestro horizonte más inmediato. Debido a esta aceleración evolutiva, los medios físicos (teléfono, telégrafo, etcétera) se han visto desplazados poco a poco por los medios digitales (computadora-Internet), cuya eficiencia en términos de acortamiento de tiempos y distancias en función del volumen de la información adquirible, nos ha representado una ventaja notable y muy por encima de la que suelen proporcionar los primeros.

No obstante, a pesar de los citados beneficios, cabe mencionar, empero, algunas desventajas derivadas de la digitalización (virtualización) de la información que se comunica. En esta investigación me centraré en aquéllas que guardan relación próxima con la seguridad de la información, del mensaje que se transmite.

Parto de la premisa según la cual la información digitalizada es vulnerable en el entorno virtual («ciberespacio») creado a partir del uso de los medios digitales. Es vulnerable en tanto susceptible de ser interceptada por parte de individuos o grupos que no necesariamente tendrían por qué conocerla, lo cual se presta al ejercicio de una vigilancia masiva de cuanto se transmite en el citado entorno virtual. Tal vigilancia constituye en sí misma un ejercicio de poder y de dominación sobre aquéllos cuya información transmitida pudo ser vulnerada.

Este ejercicio de vigilancia, poder y dominación me recuerda a un autor, Michel Foucault, quien será de importancia medular en el estudio, pues durante su época examinó asimismo las estructuras de poder y de vigilancia en las cárceles de manera, considero yo, muy similar a como sucede ahora en el ciberespacio. Habrá que poner a prueba, por tanto, la aplicabilidad de las bases teórico-filosóficas de Foucault al ciberespacio en recurso de un concepto central («panóptico») de este autor, que después examinaré a detalle. Se trata, por así decirlo, de una ‘actualización’ del pensamiento filosófico de Foucault a nuestra época.

Para la consecución de este objetivo planeo desarrollar la investigación en función del esquema siguiente.

Abro con un breve preámbulo en el que procuro responder a una pregunta concreta: ¿para qué la herramienta? Ello con el propósito de dilucidar desde una mirada filosófica cuál podría ser la razón de ser de los medios de comunicación (herramientas) y de su evolución constante.

También en el preámbulo reflexiono sobre a cómo la herramienta, en su incesante evolución, pudo adquirir dominio sobre nuestras vidas. Esto como una primera aproximación a aquello que comenté a propósito de la vigilancia, el poder y la dominación.

El primer apartado, cuyo título es *La comunicación en el «ciberespacio»*, establece las diferencias en la comunicación a partir de cómo solía ser ésta antes, en comparación con lo que es ahora. Un primer punto llamado *Pasado y presente* se encarga tal cual de esta labor. El segundo punto, *Ciberespacio*, profundiza en torno a la herramienta de comunicación actual por excelencia y en lo que ella consiste. El tercer punto, *Privacidad*, pone sobre la mesa el problema de la seguridad de la información antes y ahora. Y el cuarto punto dentro de este primer apartado, *Poder*, introduce la cuestión sobre este tema entendido de diversas maneras, pero con énfasis en la dominación que implica la vigilancia.

El segundo apartado lleva por título *La herramienta hoy: uso dinamismo y expansión*. En él busco esclarecer aquellas desventajas de las que hablaba, derivadas de la digitalización (virtualización) de la información que se comunica. Para esto dedico un primer punto a la diferenciación de tres conceptos clave: «dato», «información» y «conocimiento», cuyo título alude a ellos. Luego, un segundo punto titulado *Operatividad de la herramienta hoy* detalla cómo el ciberespacio existe en tanto mediación surgida a partir del flujo incesante de información y de los dispositivos que se conectan en red en todo el mundo. El tercer punto, *Ciberespacio y privacidad*, pone en diálogo estas dos nociones para determinar cómo y de qué manera la segunda es potencialmente vulnerable frente al primero. Y en un cuarto punto nombrado *Ciberespacio, privacidad y poder* introduzco este último elemento (poder) que dialogará asimismo con los otros dos para determinar de qué modo la vigilancia masiva en el ciberespacio se traduce en un poder reflejado en una invasión sin precedentes a la privacidad. Es en este punto donde introduzco el concepto «panóptico».

El tercer apartado se llama *Foucault, el panóptico y el «ciberpanóptico»*. Es aquí donde pongo a prueba el pensamiento de Michel Foucault desde su noción central, el panóptico,

aplicado al ámbito del ciberespacio. Para la realización de este objetivo, en un primer momento comparo cómo el autor entendía el poder y la vigilancia, en contraste con su ejercicio dentro del ciberespacio y sus consecuencias. Es a lo que dedico el primer punto, *Suplicio, prisión y «cibervigilancia»*. En el segundo punto, *Espacio, panóptico y «ciberpanóptico»*, procuro resolver si finalmente es posible o no, y de qué manera, la aplicabilidad del panóptico, según el pensamiento de Foucault, al ciberespacio. En un tercer y último punto para este apartado, de manera breve retrocedo a las reflexiones aterrizadas en el preámbulo; pero esta vez en diálogo con los resultados de la investigación, de manera que queden más explícitamente vinculadas ambas partes del trabajo. Este punto se titula *Herramienta, panoptismo e introyección*.

Si bien podría pasar enseguida a las conclusiones, decidí redactar un cuarto y último apartado en el que trato de responder un conjunto de preguntas que refieren a un asunto que para mí es inquietante y a la vez importante: ¿dónde queda el individuo frente a la multitud de relaciones de poder en las que se vive inmerso? ¿Podría haber en ellas un resquicio para el ejercicio de su libertad? ¿Y de qué manera podría entenderse la libertad, de suerte que logre tener cabida? Estas preguntas constituyen un intento mío por ir más allá de Foucault, pero sin tomar demasiada distancia de él, en recurso de un autor, Michel de Certeau, a quien acudo en este último apartado al que elegí nombrar *El sujeto en el poder*.

Antes de comenzar formalmente con la investigación, cabe mencionar que, desde luego, la discusión sobre los temas trabajados es mucho más rica de lo que aquí conseguí abarcar. Es cierto que buena parte de la literatura y del trabajo crítico se dejan de lado, pues no era la intención comprenderlos en su totalidad. Lo que en este espacio busqué desarrollar es tan sólo un abordaje filosófico limitado a los autores antedichos, cuyos aportes me parecieron convenientes para el problema y los objetivos que me planteé; lo cual no obsta para que existan otras autoridades y posturas igualmente válidas dentro de esta misma línea temática.

Confío en que, al cierre de este breve ejercicio filosófico, queden esclarecidas algunas posibles respuestas para las cuestiones principales que me dispuse a tratar; pero también confío en que habré trazado un sendero viable para que nuevas investigaciones partan de aquí en condiciones favorables de tratar puntos pendientes que, sin lugar a dudas, se desprenderán

PREÁMBULO:
ACERCA DE LA HERRAMIENTA

Quisiera figurar un intento de respuesta para una pregunta concreta que guarda especial relevancia en el marco de la presente investigación, a saber, ¿para qué la herramienta?, es decir, ¿cuál es la finalidad que fundamenta su ser? Considero que Martin Heidegger es un autor cuyo pensamiento podría arrojar ciertas luces a este propósito dentro de su célebre obra *Ser y tiempo*.¹

Esbozada ya una posible resolución para aquella interrogante, procederé a discutir acerca de cómo la herramienta adquirió capacidad de control sobre nuestra vida cotidiana, un punto igualmente importante a lo largo de este trabajo. Para ello acudiré a las disquisiciones del filósofo español y experto en informática Javier Bustamante, en su libro, *Sociedad informatizada, ¿sociedad deshumanizada?*²

a) Heidegger: el «trato con los útiles»

Heidegger critica a la tradición filosófica de haber perdido de vista el carácter pragmático de la «cosa». Para este autor las cosas comparecen ante el *Dasein* en el uso cotidiano («trato») que de ellas hacemos. Es así que se produce el tránsito de la «res» (tradición filosófica clásica) al «útil». Las cosas, en adelante nombradas *útiles* para Heidegger, se definen por su utilidad práctica: nos sirven *para* algo.

De acuerdo con el autor, el útil tiene un modo de ser propio en virtud del cual se nos manifiesta desde sí mismo, a saber, como «estar-a-la-mano», disponible y funcional para que hagamos uso de él, nos ocupemos con él. En efecto, sea que se trate de un martillo o de una computadora con acceso a Internet, si las cosas no están próximas para que nosotros podamos asirlas y emplearlas, no podremos hacer uso de ellas; son «inempleables».

Quizá pueda parecer obvio pensar que procuramos tener a la mano la mayor cantidad posible de útiles para su empleo en cualesquiera labores que a éstos impliquen. Esta condición pone de manifiesto, en primer lugar, que estamos inmersos en una *espacialidad* caracterizada

¹ Martin Heidegger, *Ser y tiempo*, Trotta, Madrid, 2014.

² Javier Bustamante Donas, *Sociedad informatizada, ¿sociedad deshumanizada? Una visión crítica de la influencia de la tecnología sobre la sociedad en la era del computador*, Gaia, Madrid, 1993.

por la «ocupación»: estamos «en» el mundo, en el sentido del ocupado y familiar habérmolas con los entes (útiles) que comparecen ante nosotros dentro del mundo.³ También pone de manifiesto, en segundo lugar, una ‘cualidad intrínseca’⁴ nuestra que nos impulsa a ese querer aproximarnos las cosas. Es a lo que Heidegger denomina «desalejar». “El *Dasein* es esencialmente des-alejador; por ser el ente que es, hace que el ente comparezca viniendo a la cercanía”.⁵ Este ímpetu por suprimir las distancias podría no estar limitado a los útiles, sino que se extiende hasta abarcar a los otros. Ciertamente, en la convivencia cotidiana requerimos de los demás («solicitud») de manera próxima. De forma análoga con los útiles, precisamos des-alejarnos a una persona de la que deseamos obtener algún provecho y con la que, no obstante, no podemos comunicarnos por consecuencia de la distancia. Para esto, en ocasiones hemos menester recurrir a los útiles que mediarán *en sustitución de* los individuos por cuya insoslayable lejanía no pudieron comparecer ante nosotros. El mismo Heidegger, durante su época, ya había vislumbrado el papel de la tecnología en esta labor de sustitución.

Todos los modos de aceleración de la velocidad, en los que en mayor o menor grado estamos forzados hoy a participar, tienden a la superación de la lejanía. Con la ‘radio’, por ejemplo, el *Dasein* lleva a cabo hoy, por la vía de una ampliación y destrucción del mundo circundante cotidiano, una des-alejación del ‘mundo’, cuyo sentido para el *Dasein* no podemos apreciar aún en su integridad.⁶

La radio que Heidegger menciona es hoy en día un útil obsoleto en nuestro insaciable deseo por des-alejarnos que se mantiene vigente y que, por lo mismo, re-crea y perfecciona la herramienta en una dinámica perpetua. La *amalgama computadora-Internet* se muestra como el útil que prima hoy en día para des-alejarnos al otro.

Deseo presentar una última consideración que recupera a Heidegger en lo que se refiere al útil inmerso en la cotidianidad. En una aproximación fenomenológica de su tiempo, el filósofo alemán examina la conducta del *Dasein*. En ello advierte cómo éste se deja absorber por el dominio de los otros en la convivencia diaria, adoptando las maneras y los haberes que por

³ En este sentido sería lícito decir que el ciberespacio es un útil que forma parte de esa espacialidad en tanto nos ocupamos en él y comparece ante nosotros como el útil que es.

⁴ «Existenciales» para Heidegger: modos de ser del *Dasein* en su cotidiano y habitual «estar-en-el-mundo».

⁵ Martin Heidegger, *Ser y tiempo*, p. 124.

⁶ *Ibidem*, p. 126.

consenso *se* decidió adoptar. Esta impersonalización introyectada de los modos de ser y de proceder es lo que Heidegger llamará más tarde «uno».

El ámbito de la comunicación, desde luego, no queda excluido del dominio del uno. Así, la adopción pasiva e incuestionada de las ‘modas tecnológicas’ (redes sociales, por ejemplo) es prueba y consecuencia de su obrar en este terreno. El hecho, pues, de utilizar la herramienta sólo porque universalmente *se* utiliza, sin un cuestionamiento de sus implicaciones (en la privacidad, por ejemplo) o sin un posicionamiento propio frente a ella, expande el imperio del uno, el cual solemos acoger sin reparos. Es algo que Heidegger también vio venir en su tiempo.

[...] en el empleo de los servicios de información (periódicos), cada cual es igual al otro. Esta forma de convivir disuelve completamente al *Dasein* propio en el modo de ser ‘de los otros’, y esto, hasta tal punto, que los otros desaparecen aún más en cuanto distinguibles y explícitos. Sin llamar la atención y sin que se lo pueda constatar, el uno despliega una auténtica dictadura.⁷

Así, por lo tanto, en nuestros días la comunicación a distancia se dirige por la norma de uso impuesta que se revalida a sí misma en la dinamicidad de ese entorno virtual gestado por la computadora-Internet, que se posicionó como el útil del que *se* debe hacer uso para des-alejar a los demás, pero no sin sustituirlos.

Por último, la presencia del uno en los servicios de comunicación revela un punto que conviene tener presente en el curso de esta investigación, a saber, que la herramienta, en su dinámica transformación, tiene el potencial de transformar dinámicamente al *Dasein*; es decir, este último *introyecta* la herramienta, se apropia de ella mientras que ésta, a su vez, ‘se apropia de él’, que ahora ‘encarna’ la herramienta, le es ya constitutiva. No es, por tanto, un mero y simple ‘uso unilateral’ de aquélla, pues en el acto, el *Dasein* también cambia.⁸

b) Javier Bustamante: la herramienta y el control sobre la vida cotidiana

Bustamante inicia su discurso aludiendo a José Ortega y Gasset en su *Meditación sobre la técnica*. Para este último autor, la técnica “es la victoria de la evolución humana, que no se

⁷ Martín Heidegger, *Ser y tiempo*, p. 126.

⁸ Esta reflexión acerca de la dinámica de transformación del *Dasein* en el uso de la herramienta será recuperada más adelante, en el punto titulado *Herramienta, panoptismo e introyección*.

produce como adaptación de la naturaleza del hombre a su entorno, sino transformando el mundo [...]”.⁹ En efecto, por su propia constitución orgánica, el hombre, al estar privado como especie de complejas estructuras de defensa y supervivencia (tales como garras, veneno, etcétera), es la técnica, producto de su elevada inteligencia, el mecanismo por excelencia que aquél utiliza para imponerse a su medio, modificarlo y adaptarlo según sus necesidades particulares, y no a la inversa.

A partir de la transformación de la naturaleza, la técnica se materializa en *tecnología*, en bienes materiales o ‘prótesis’¹⁰ que compensarán la precariedad de estructuras orgánicas de supervivencia propias de nuestro organismo.

La acumulación de tecnología suele diferir de sociedad en sociedad. Es tentador pensar que aquellas sociedades que han conseguido una mayor acumulación de capital serán las mismas que poseerán el mayor arsenal tecnológico que las posicionará por encima de aquéllas que lo carecen. A nivel macrosocial, por tanto, parecería que a mayor desarrollo tecnológico, mayor adaptación al medio y, por consecuencia, mayor tendencia hacia la defensa y supervivencia de sus ciudadanos. Todo esto, en conclusión, apuntaría hacia una mayor estabilidad social y una elevada calidad de vida.

El autor nos invita, no obstante, a pensar las circunstancias no en términos macrosociales, sino en términos de las vivencias particulares de individuos en concreto.

Es cierto que la vida actual, al menos en los países desarrollados, está plagada de una serie de comodidades por las que el ser humano ha venido luchando durante miles de años [...]; sin embargo, cabría preguntarse si somos más dueños de nuestra propia existencia de lo que lo eran los hombres de otras épocas, los ciudadanos de sociedades [contemporáneas] menos privilegiadas por la gracia del progreso.¹¹

Bustamante aboga por que la tecnología crea un sentimiento de indefensión según incrementa la complejidad de la misma.¹² Esto manifiesta en el caso de lo que Heidegger nombró «inempleabilidad del útil».

⁹ Javier Bustamante Donas, *Sociedad informatizada...*, p. 171.

¹⁰ Continúa Ortega en Bustamante: “[la técnica] es un inmenso aparato ortopédico que necesitamos para andar por el mundo”. (*Idem*).

¹¹ *Idem*.

¹² *Ibidem*, p. 172. Nótese que la presencia de dicho sentimiento pone de manifiesto a su vez cómo la tecnología repercute sobre quien hace uso de ella (lo que recuerda a Heidegger a propósito del punto sobre la introyección de la herramienta).

En tiempos de los griegos, un cínico sabía cómo construirse su propia casa con barro y paja, o cardar y tejer lana de una oveja [...] para hacerse de un vestido. Hoy en día, cuando se estropea uno de los múltiples aparatos electromecánicos o electrónicos que hacen más *sencilla* nuestra vida, nos sentimos indefensos. [...] Un fallo en este tipo de sistemas nos deja desvalidos, por lo menos durante el tiempo que tarde en llegar un técnico en reparaciones.¹³

El problema, según el autor, estriba no en la falta de aptitud técnica por parte nuestra, sino en las tecnologías mismas de la vida cotidiana que son *crípticas* por naturaleza.¹⁴ Los componentes nanoscópicos de los microprocesadores, por ejemplo, son casi imposibles de reparar sin la sustitución total del componente, debido a la complejidad en su diseño y operación que puede ser conocido casi exclusivamente por su creador. Sólo unos cuantos, pues, cuentan con acceso a un conocimiento técnico pleno que permitiría devolver el funcionamiento a bienes tecnológicos cada vez más sofisticados.

Por otra parte, no dejamos de estar sujetos a las condiciones de funcionamiento que imponen los aparatos que creamos en recurso de la técnica. Al igual que los muros y el techo de la casa de un cínico, que por sus materiales y diseño estructural pueden soportar una determinada carga no mayor a un límite específico, un *smartphone*, una *tablet*, una *laptop*, etcétera, tiene límites operativos que están definidos por su propia construcción. Cierta rango de temperatura o una eventual caída desde determinada altura, por ejemplo, podría volver el aparato inutilizable. Ya ni se mencione el tiempo de autonomía de la batería que nos obliga a buscar una fuente de poder sin la cual en algún momento nos veríamos privados del todo de seguir empleándolo. En conclusión, “el uso del artefacto o procedimiento tecnológico trae esencialmente asociada la aceptación de sus condiciones de uso”.¹⁵ Quizá en este sentido particular el hombre contemporáneo no cuenta con un mayor dominio sobre su vida que el griego que sabía arreglárselas por sí mismo frente a los problemas cotidianos.¹⁶

¹³ *Ibidem*, pp. 172-173. Cursivas del autor.

¹⁴ *Ibidem*, p. 172.

¹⁵ *Idem*.

¹⁶ La pérdida del control sobre nuestras vidas se vuelve un asunto más delicado si consideramos la dependencia que hemos desarrollado por nuestras creaciones tecnológicas, en cuya ausencia o inempleabilidad nos mostramos no sólo vulnerables, sino que también exhibimos conductas de estrés y ansiedad que ya se consideran patologías clínicas. La «nomofobia», por ejemplo, es un trastorno psicológico derivado de la privación prolongada del uso de los teléfonos móviles. Quienes la padecen suelen manifestar comportamientos que incluso estallan en episodios de violencia. ¿Hasta dónde somos dueños de nosotros mismos si ni siquiera nos mostramos capaces de regular nuestra propia conducta cuando carecemos de los útiles que creamos? ¿Somos acaso dueños de nuestras creaciones, de nuestra tecnología, de nuestra técnica?, ¿o será que todas ellas, en algún momento de la historia, se ‘rebelaron’ contra nosotros y ahora nos mostramos como sus sirvientes?

I. LA COMUNICACIÓN EN EL «CIBERESPACIO»

a) Pasado y presente

Semanas o incluso meses: tal era el lapso de espera que hasta hace apenas un par de siglos se requería para recibir respuesta de una correspondencia enviada por parte de algún allegado que había decidido viajar al extranjero. Ello, no obstante, si se corría con la buena fortuna de recibirla, pues no era infrecuente que se extraviase durante su trayecto, llegase a destinatario equívoco, o bien, que ni siquiera consiguiese iniciar su recorrido por algún motivo allende toda circunstancia prevista. La comunicación a distancia se mostraba, por tanto, lenta y poco fiable. Ya desde entonces la *herramienta* (texto escrito) daba cuenta de su contexto y constituía un reflejo nítido de la época dentro de la cual estaba inscrita.

La herramienta pasó a ser otra con el transcurso de las décadas, los siglos. En forma gradual se perfeccionó a sí misma con miras a subsanar las deficiencias (lentitud y fiabilidad) que consigo lastró en el pasado. Cabe mencionar que su perfeccionamiento recibió un fuerte impulso debido a la aceleración de los procesos tecnológicos, lo que se tradujo en la fabricación de aparatos cada vez más sofisticados (en un principio analógicos y, después, digitales) que acortaron considerablemente el tiempo que solía demorar la transmisión de un mensaje, mientras que su recepción se tornó un asunto mucho más confiable, es decir, se tuvo mayor seguridad de recibirlo en su integridad.

Si bien la herramienta, el *medio*, sufrió toda suerte de mutaciones a través del tiempo, el *fin* se mantuvo constante: mantener el lazo de comunicación a pesar de las distancias; perseverar en la apropiación de un conocimiento de *todo lo otro*, eso que figura más allá de lo *in-mediatum*: la ubicación de un ser querido que acaba de partir, la situación de un país en guerra, el pronóstico del clima, las indicaciones para reparar un horno de microondas, etcétera, por mencionar sólo unos pocos datos en medio de la infinita gama de cuantos es factible apropiarse en virtud de la herramienta en cuyo uso se consigue exitosamente el fin, lo que a su vez insta a hacer un nuevo uso de ella abriéndole la posibilidad de un nuevo perfeccionamiento de sí en una progresión para la cual parece no haber límite.

La explotación sostenida y recurrente de la herramienta consiguió abrir nuevos horizontes para el ámbito del conocimiento. Hoy basta con pronunciar un breve comando de voz o elaborar una simple búsqueda en un equipo móvil para estar al tanto de lo que sucede al otro lado del mundo o de cualquier otro asunto o tema que se pueda imaginar. Todo esto gracias a la invención de Internet y a la presencia de incontables centros de datos que funcionan como repositorios destinados a almacenar grandes cantidades de *información* cuyo acceso es público y libre.¹⁷ Así, la sobreabundancia de información es ya característica constitutiva de nuestra época actual, en contraste con épocas pasadas en las que su acceso, ya se mencionó, era tardo y frágil. En medio de esta sobreabundancia, no pocas veces suelen presentarse dificultades para distinguir aquello que es verdad de aquello que es una distorsión de ésta. En conclusión, paradójicamente, el mero acceso a la información (formalidad) es una cuestión rápida y confiable; mientras que el discernimiento de la veracidad del mensaje transmitido (contenido) se topa con dificultades que entorpecen la agilidad con la que se obtuvo y menguan la experiencia de seguridad acerca de lo que uno se está informando. Esto último plantea cuestiones interesantes, empero, que exceden los límites de la presente investigación. Por lo pronto conviene inspeccionar el entorno en el que esta información se mueve y lo que ello representa para la comunicación en nuestros días.

b) Ciberespacio

El autor canadiense Reginald Whitaker,¹⁸ en su obra *El fin de la privacidad*,¹⁹ asegura que “tras la revolución agrícola y la revolución industrial, ahora estamos sumergidos en la revolución informática: el ordenador está transformando la economía, la sociedad, la cultura e incluso a los mismos seres humanos”.²⁰ ¿Cómo es esto posible?

Para captar el sentido de la afirmación de Whitaker en torno a las transformaciones que la herramienta ha logrado hoy en día, es importante comprender que una mutación en ésta

¹⁷ Más adelante se hablará con mayor detalle acerca de los usos y alcances actuales de la herramienta, así como de sus consecuencias (favorables y desfavorables).

¹⁸ Reginald Whitaker (1943-) es profesor investigador emérito en la Universidad de York y profesor investigador adjunto en el Departamento de Ciencias Políticas de la Universidad de Victoria. Es experto en temas relacionados con políticas de seguridad informática y privacidad en línea, en cuyo estudio ha escrito numerosos artículos y obras entre las que destaca *El fin de la privacidad*, la cual será citada ampliamente a lo largo de esta investigación.

¹⁹ Reginald Whitaker, *El fin de la privacidad. Cómo la vigilancia total se está convirtiendo en realidad*, Paidós, México, 1999.

²⁰ *Ibidem*, p. 63.

constituye a la par una modificación en el *entorno* a través del cual la información viaja, si bien parece que su transmisión y recepción se encuentran permanentemente mediatizadas.

En el caso de la correspondencia, la información viaja a través de un medio, el papel, escrito en un código (lenguaje) que nosotros interpretamos y comprendemos; las señales de humo, por su parte, viajan a través del aire y las percibimos visualmente; mientras que las vibraciones acústicas de alguien que nos habla o hace un sonido con un objeto, pese a que también se desplazan por el aire, las recibimos en los oídos. En estos tres ejemplos el entorno por el que la información es transmitida se define por su carácter *físico*.

Con la invención del telégrafo y el teléfono ocurre un fenómeno interesante que conviene analizar. Por primera vez en la historia ocurre una *reduplicación* tanto del entorno en el que la información se traslada como del código en el que está escrita. Para el caso del telégrafo, el mensaje viaja codificado (recodificación) en pulsos eléctricos que transitan a lo largo de una extensa red de cables que parten de una central y se distribuyen por distancias indefinidas; mientras que el mensaje mismo se convierte del alfabeto latino al código morse. Con el teléfono el mensaje originalmente verbal y pronunciado en un determinado lenguaje es asimismo codificado en señales eléctricas y de nuevo decodificado en vibraciones acústicas que el receptor puede comprender. El proceso de codificación-decodificación parece insinuar que la información ha pasado en forma momentánea de un entorno físico a uno más ‘volátil’ (pulsos y señales eléctricas, flujo de electrones, etcétera).

Con la radio y la televisión el hecho se complejiza: hay ahora una *re-reduplicación* del entorno y del código, en comparación con lo descrito para el telégrafo y el teléfono. El mensaje convertido en pulsos y señales eléctricas se reconvierte en ondas de frecuencia variable (generalmente altas frecuencias) que se mueven por el aire y que son decodificadas de nuevo. El entorno por el que la información viaja sugiere ahora ‘volatilizarse’ aún más. Cabe mencionar que, con el surgimiento de estos dos inventos, aparecen por primera vez en la historia los *medios de información* (ya no sólo de *comunicación*) *masiva*.

Pasamos ya a las herramientas de última generación: la computadora (presente en el *smartphone*, la *tablet*, la *laptop*, etcétera) que, en combinación con el uso de Internet, constituye en su conjunto la «herramienta por excelencia» que se utiliza en la actualidad para conectar a

cualquier persona que cuente con la misma herramienta (en cualquiera de sus ‘encarnaciones’) en cualquier punto del planeta. Más aún, por ser simultáneamente un medio de comunicación y de información, permite apropiarse de cualquier conocimiento que pudiese ser puesto a disposición pública y luego consultado a través de ella.

Con la amalgama computadora-Internet la reduplicación entorno-código llega a un punto extremo,²¹ al tiempo que el entorno mismo se ‘volatiliza’ hasta casi perder toda cualidad física que pudo haber definido, por ejemplo, la correspondencia o las señales de humo. En breve pasaré a examinar esto con mayor detalle.

Hay que introducir en este momento una diferencia clave entre la herramienta en su versión más actual (computadora-Internet) y las versiones otras que le antecedieron. Tal diferencia reside en la *permanencia* de la reduplicación de la información recodificada, es decir, la demora en pasar de un entorno a otro. Con el teléfono y el telégrafo se trata sólo de un instante que tarda el mensaje en viajar por el tendido eléctrico hasta que llega a su destino;²² así como es bastante fugaz el tiempo que permanecen convertidas en ondas las señales captadas por la radio y la televisión. Pero en el caso especial de la amalgama computadora-Internet, la duración de la reduplicación se hace indefinida. La información, el mensaje que se desea transmitir, se mantiene permanentemente en un entorno cualitativamente distinto, no físico, sino *virtual*.

Quizá el siguiente pasaje de Whitaker a propósito de la virtualización de *La Gioconda* ayude a comprender mejor la distinción entre el entorno físico y el nuevo entorno virtual:

Sólo existe una Mona Lisa; las copias, por más expertos que sean sus autores, sólo serán copias. Sin embargo, una imagen, un texto o una pieza musical producidos digitalmente pueden ser reproducidos infinidad de veces, sin la menor pérdida o degradación de su integridad, sea cual sea ésta. Aquellos que reciban el objeto pueden «perfeccionarlo», añadiéndole o sustrayéndole elementos, sin por ello comprometer de ningún modo la integridad de la versión recibida, que ahora coexistirá con múltiples versiones manipuladas, o variaciones. A diferencia del vandalismo artístico que borra un ojo o añade un bigote a la Mona Lisa, perjudicando de forma irreparable el original, los objetos digitales pueden ser alterados y reproducidos de forma indefinida.

²¹ Piénsese, por ejemplo, en lo que sucede con la señal de Internet que viaja desde una central de datos hasta un *smartphone*: la señal enviada mediante pulsos eléctricos (tendido eléctrico) se convierte en ondas de luz (terminal óptica) para más adelante tornarse ondas de alta frecuencia (inalámbrica) que, una vez captada por el *smartphone* se reconvierte en pulsos eléctricos y, finalmente, en luz visible (pantalla).

²² Tómese en cuenta que la velocidad a la que viaja la corriente alterna es próxima a la velocidad a la que viaja la luz en el vacío.

[...] Los objetos digitales tampoco requieren el mismo mantenimiento. La Mona Lisa, en tanto que objeto material, se deteriora, por lo que es necesario ofrecerle condiciones adecuadas de temperatura, clima e iluminación, e incluso hacer ciertas restauraciones de vez en cuando para contrarrestar el efecto negativo del paso del tiempo. *Una Mona Lisa digital, por el contrario, no «envejece», ya que los códigos digitales que la describen son una abstracción que permanece, en cierto sentido, fuera del tiempo.* Además, la pintura auténtica de la Mona Lisa es un objeto material que ocupa un cierto espacio físico: una pared específica de una de las galerías del Louvre, en París.²³

Este nuevo entorno virtual, empero, no está del todo desvinculado del entorno físico: anteriormente mencioné los centros de datos de distribución mundial que almacenan la información digitalizada. Dichos lugares están en permanente comunicación entre sí y con todos los equipos informáticos²⁴ que se les conectan en el mundo. Es la posibilidad de esta interacción y constante acceso a toda esa información abstraída lo que crea y re-crea el nuevo entorno virtual al cual referiré en lo sucesivo con el nombre «ciberespacio».

Una segunda y última diferencia de la computadora-Internet con respecto de las herramientas previas estriba en el código universalmente utilizado para la virtualización (digitalización) de la información, a saber, el «código binario».

La información se codifica para que pueda ser interpretada por las máquinas, lo que quiere decir en formas reducibles a las combinaciones de 0 y 1, que representan voltajes altos o bajos, mecanismos de apertura y de cierre. La codificación digital es un lenguaje universal porque cualquier medio de expresión puede ser almacenado digitalmente y recuperado posteriormente: textos, sonidos e imágenes pueden ser convertidos en datos y restaurados cuando sea necesario.²⁵

Por primera ocasión en la historia la información pudo ser almacenada,²⁶ y ya no únicamente transmitida; almacenada en un código binario y dentro del ciberespacio.

²³ Reginald Whitaker, *El fin de la privacidad...*, pp. 67-68. Cursivas mías. Sobre el tema de la digitalización de la obra de arte refiero al lector al ensayo crítico de Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, Itaca, México, 2003. En dicho texto el autor examina los motivos históricos y tecnológicos que ocasionaron la pérdida de la singularidad de la obra artística a partir de la invención de la cámara fotográfica y el cinematógrafo, aparatos que podían reproducir indefinidamente aquello que sus lentes captaban. Con esto Benjamin propone la «pérdida del aura» de la obra de arte que nunca más será una y única.

²⁴ Los cuales también suelen comunicarse entre sí a través de los centros de datos o incluso con independencia de éstos.

²⁵ Reginald Whitaker, *El fin de la privacidad...*, pp. 28-29.

²⁶ Hay que tomar en cuenta, no obstante, que tiempo atrás existieron aparatos como el magnetófono de alambre, primer equipo análogo de grabación que ya a finales del siglo XIX consiguió almacenar registros de audio. No obstante, dado que dicha herramienta no era un medio de información masiva, los datos contenidos en ella no podían ser puestos a disposición pública y luego consultados desde cualquier lugar.

c) Privacidad

A pesar de la irrefrenable evolución de la herramienta hay cuando menos un factor que se mantiene constante: *la información no está segura*.

No parece difícil imaginar que hace 200 años se hubiese conseguido interceptar la trayectoria de una carta, robarla y tener conocimiento de su contenido. Lo mismo podría pensarse de cuanta información se ha transmitido de individuo a individuo a lo largo de la historia: personas que se apropian de un saber que, en principio, sugiere no concernirles. Whitaker califica, pues, al *espionaje* como “la segunda profesión más antigua del mundo, y tan honorable como la primera”.²⁷ Más adelante aclara que dicha actividad “[...] con sus máscaras repulsivas y, sin embargo, fascinantes, con sus engaños, traiciones y fidelidades, siempre ha tenido cierto atractivo”.²⁸ En tanto exista información susceptible de ser secuestrada y divulgada, el espionaje perseverará como actividad enraizada en lo más hondo de la sociedad.

En la actualidad la correspondencia escrita aún tiene cierta vigencia; sin embargo, su uso está en declive al verse desplazada por los sistemas electrónicos, por cuya mediación en el uso, ya no es únicamente «del otro» de quien se puede saber, sino que también se vuelve accesible todo lo otro (lo no in-mediató) en tanto cúmulo de conocimiento humano adquirido, digitalizado, almacenado en centros de datos de distribución mundial y puesto a disposición general.

Distingo dos grupos o niveles de información digital, a saber, la *privada* (compartida con individuos específicos,²⁹ o bien, con nadie³⁰) y la *pública* (de disposición general). A pesar de esta distinción, lo cierto es que ambas, en su totalidad, son susceptibles de ser divulgadas en forma masiva, lo que equivale a decir que, a través del ciberespacio, toda la información privada puede ser convertida en pública.³¹

Por otra parte, los registros de audio en este equipo no están recodificados en código binario, sino que son el resultado de un proceso de inducción electromagnética sobre una cinta de poliéster.

²⁷ Reginald Whitaker, *El fin de la privacidad...*, p. 16.

²⁸ *Idem*.

²⁹ En analogía con la correspondencia: información que se dirige a individuos específicos y que no tendría por qué ser divulgada públicamente.

³⁰ Datos personales, financieros, bancarios, contraseñas, etcétera.

³¹ En su obra *La filosofía política de la Escuela de Frankfurt*, George Friedman examina el origen del pensamiento de los autores que formaron la primera generación del círculo de críticos sociales que lleva por título su libro. En determinado pasaje, en análisis de las ideas de aquéllos, afirma que uno de los puntos clave que definen la crisis de la Modernidad es, precisamente, la disolución del ámbito de lo privado. “Aunque esté ausente la inmediatez de la violencia, la tecnología se entromete en el hombre de manera tal que niega su privacidad e individualidad” (George Friedman, *La filosofía política de la Escuela de Frankfurt*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 200). Se trata, por tanto, de un fenómeno que ya se veía venir desde mediados del siglo pasado.

Todo lo otro incluye lo propio para el otro; y si uno da cuenta de lo propio para el otro por mediación de la herramienta, entonces el otro está en posibilidades de obtener acceso y de apropiarse de eso otro-propio que ya le es suyo. Esto a pesar de las más novedosas y sofisticadas técnicas de cifrado de datos, y de complejas políticas de seguridad y privacidad, pues su desarrollo ha ido a la par con el perfeccionamiento de técnicas y aparatos de espionaje cada vez más difíciles de detectar. Es de este modo que “en un siglo caracterizado por una verdadera eclosión de las nuevas tecnologías de la comunicación, cualquier adelanto técnico exige nuevas invenciones técnicas [para] interceptar y leer lo que pretende comunicarse”.³²

Ahora bien, ¿a qué se debe aquel desarrollo sostenido y progresivo en el espionaje? ¿Por qué el afán de crear aparatos y métodos que intercepten cada vez más y mejor las señales y los mensajes que hacen uso de la herramienta? Hay un acontecimiento histórico muy puntual y relativamente reciente en cuyo origen podría estar contenida una parte de la respuesta.

Whitaker bautiza al siglo XX como «el siglo de la inteligencia».³³ Con ello apunta, ante todo, al crecimiento de los denominados *servicios de inteligencia*, cuya finalidad consiste en “[...] la adquisición intencional y sistemática de información, así como su clasificación, recuperación, análisis, interpretación y protección”.³⁴ Por servicios de inteligencia puede entenderse, *grosso modo*, el espionaje como actividad institucionalizada y puesta al servicio del Estado. De ahí que “[...] sólo en el siglo XX el espionaje se ha convertido en una actividad burocrática, organizada y sistemática, con sus tecnologías específicas, su base exclusiva de conocimientos científicos y su propio papel, casi autónomo, en política nacional e internacional”.³⁵ Puede que el lector ya intuya en este punto el tipo de información a cargo de los servicios de inteligencia, a saber, secretos de orden militar.

Durante la Segunda Guerra Mundial, relata Whitaker, “los servicios de inteligencia, cada vez más tecnificados, ofrecían la posibilidad de hurgar cada vez más agresivamente en los secretos más celosamente guardados del otro bando, al mismo tiempo que prometían [...] proteger [los] propios secretos”.³⁶ No es coincidencia alguna, por ejemplo, que la primera

³² Reginald Whitaker, *El fin de la privacidad...*, p. 19.

³³ *Ibidem*, p. 15.

³⁴ *Idem*.

³⁵ *Ibidem*, p. 16.

³⁶ *Ibidem*, p. 18.

computadora de la historia fuese concebida durante ese tiempo y bajo el encargo específico de descifrar las comunicaciones alemanas. Por otra parte, Internet, tal y como se conoce hoy, nace durante la Guerra Fría como un proyecto a cargo del Departamento de Defensa de Estados Unidos, destinado a mejorar la transmisión-recepción de información mediante la creación de una compleja red de computadoras interconectadas.³⁷ Todo ello con miras a estar un paso adelante respecto al enemigo, por encima de él.

Un nuevo conflicto bélico de orden mundial constituye una amenaza latente en el presente siglo, al igual que la herramienta no deja de ser un vehículo idóneo para su planificación oculta. Tal posibilidad representa una preocupación constante para los Estados que, en salvaguarda de sus intereses, procuran monitorear de la manera más cercana y detallada posible cada hilo de comunicación que viaja a través de aquélla, sin consideración aparente de la invasión a la privacidad que ello pudiera representar. En el siguiente pasaje Whitaker describe con detalle la tecnología de espionaje de la que ya se hacía uso durante el periodo inmediatamente posterior al término de la Guerra Fría.

[...] monitores sensibles a los seísmos pueden registrar la más ligera contorsión en la corteza terrestre, y ofrecer con todo detalle la magnitud exacta de las pruebas subterráneas con armamento nuclear; la trayectoria de los submarinos es registrada a través de las profundidades silenciosas de los océanos. Todo este complejo [...] está al servicio de la cada vez mayor capacidad para almacenar datos, recuperarlos y procesarlos [...].³⁸

Apenas da comienzo el presente siglo, los avances tecnológicos permiten la reproducción de escenarios en donde el espionaje está más y más a cargo de las máquinas y menos en manos humanas. Las máquinas son ahora capaces de ‘escuchar’ las comunicaciones y de ‘discernir’ comportamientos comunes en determinados contextos. Surge así, por tanto,

[...] *software* extraordinariamente intrincado, capaz de separar las señales del «ruido»: por ejemplo, ciertas palabras clave o contraseñas basadas en el reconocimiento de la voz permiten recoger, selectivamente, pequeñas muestras de información de voluminosos e ilimitados almacenes, [así como] permite localizar movimientos de

³⁷ *Ibidem*, pp. 69-73. Este hecho (la concepción de la computadora y de Internet bajo intenciones militares) se presta para generar una reflexión interesante, pues si ambas herramientas relatan un origen destinado al espionaje, ¿por qué esta misma finalidad no seguiría siéndoles vigente hoy en día?

³⁸ Reginald Whitaker, *El fin de la privacidad...*, pp. 28-29.

«blanqueo» financiero de entre la totalidad de las transacciones económicas que se efectúan en cualquier momento a una escala internacional, distinguiendo entre patrones normales y anormales en los flujos financieros.³⁹

Aquéllos fueron sólo unos cuantos ejemplos de cuán profunda y extensiva es la invasión a la privacidad llevada a cabo por los servicios de inteligencia en su tarea de rastrear y prevenir todo acontecimiento que atente contra los intereses de los Estados.

Con todo, la automatización de los servicios de inteligencia se vuelve la norma universal, pues a pesar de los elevados costes de su implementación y sostenimiento, en conjunto con toda la investigación que gira en torno a ella, Whitaker es franco al declarar que, contrario a las personas, “[...] las máquinas no mienten ni engañan ni hacen trampas deliberada e intencionadamente, ni se emborrachan y desvelan sus secretos, ni se meten en situaciones comprometedoras como compartir el lecho con parejas casi desconocidas”.⁴⁰ Ciertamente, el factor humano es una variable que, en lo posible, se desea suprimir en del terreno del espionaje, tanto por la sensibilidad como por la magnitud de los datos que se manejan.⁴¹

d) Poder

Situémonos de nuevo un par de siglos atrás, cuando la correspondencia escrita era el medio de comunicación a distancia más común y eficaz. Estando ahí, imaginemos a un individuo que, tras varias semanas de ansiosa espera, recibe buenas nuevas de un ser querido a través de una carta que recién le llegó. En ese momento, para este sujeto la experiencia de *incertidumbre* se anula a sí misma al verse sustituida por la experiencia de *certidumbre* que le concede el contenido de las líneas escritas por su allegado. Luego entonces, un inicial desconocimiento del otro y de sus circunstancias es ya un conocimiento en consecuencia de la herramienta empleada que tornó en in-mediató lo mediató. Por último, la *certidumbre* vivenciada permite al individuo informado *sentir* mayor *seguridad* frente a la *inseguridad* que le suscita la desinformación, lo que a su vez le posibilita acceder a un *control* de sí mismo y del otro a raíz de su conocimiento (del otro).

³⁹ *Ibidem*, p. 29.

⁴⁰ *Idem*.

⁴¹ A lo que habría que añadir el cuestionamiento ético de lo que tal invasión a la privacidad representa. Véase más adelante (p. 30) caso de Edward Snowden y su decisión de hacer público el arsenal de herramientas de espionaje que en los últimos años desarrolló y puso en marcha la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) de Estados Unidos.

Esto es ya de suyo un *poder* que se tiene sobre lo real desde una doble vertiente: el poder de actuar y el poder de controlar desde la seguridad que ofrece la experiencia de certidumbre.⁴² El poder puede ser entendido aquí, por tanto, como un ejercicio de *volición* y un ejercicio de *dominación*, donde el segundo implica necesariamente al primero.

No sería equívoco afirmar que 200 años después, tras una evolución continua y permanente, la herramienta aún mantiene entre sus capacidades la concesión de certidumbre que provee seguridad, control y poder. Esto se torna mucho más claro si se lo aplica al ámbito de los servicios de inteligencia que en previo se abordó.

Conocer los secretos militares del enemigo ofrece de suyo un control sobre él al mismo tiempo que garantiza seguridad (tanto en el sentido de que se sabe cómo procederá el enemigo como en el sentido de que el Estado y sus intereses están protegidos al conocer el proceder de aquél). Ciertamente, si se sabe en qué momento, de qué manera y con qué estrategia atacará, se tiene una certidumbre a partir de la cual se pueden (poder) tomar decisiones concretas y luego emprender acciones atinadas que mitiguen la agresión. De esta manera se tiene un control sobre el enemigo, un dominio de él (poder).

Para garantizar el mayor control posible sobre el enemigo, esto es, para obtener el máximo poder sobre él, es menester *vigilarlo* muy de cerca. Ahora que, si las distancias físicas representan un problema insoslayable, la mejor manera de conseguirlo, por tanto, es a través de la herramienta, misma que aquél, de hecho, utiliza para planificar sus ataques. Intervenir, pues, sus canales de comunicación, es decir, emprender una labor de espionaje que extraiga toda información posible para conocer sus intenciones se convierte en una tarea imprescindible que demanda asimismo la máxima automatización de los servicios de inteligencia: máquinas, equipos y programas informáticos diseñados para recopilar, analizar e interpretar cada minúsculo dato que se transmite a cada momento desde la infinidad de aparatos interconectados.

⁴² Para comprender mejor esto, conviene situarlo en la línea del ejercicio de la volición: el individuo informado *puede* (poder) tomar decisiones con base en y a partir de la información de la cual se apropia. Sus decisiones cuentan ya con un sustento que le permite operar en la realidad bajo una dirección en medio de la incertidumbre. Esto le proporciona un 'suelo firme' que le hace creer que puede influir sobre la realidad, tener dominio, control sobre ella.

En el caso del sujeto que recibió la carta de su ser querido, ahora que sabe que éste vive y se encuentra bien, puede ya elegir, desde esta certeza, enviarle una respuesta, divulgar la noticia, experimentar tranquilidad, etcétera. El conocimiento, por tanto, le abre posibilidades con las que anteriormente no contaba.

Este primer vestigio del ejercicio del poder se irá nutriendo y cobrará mayor sentido conforme avance la lectura.

Hay que considerar que el enemigo no tendría por qué venir desde *fuera*; podría residir dentro de la misma sociedad. Por consiguiente, no basta con espiar las comunicaciones externas, sino que además los servicios de inteligencia deberán extenderse hasta abarcar cada comunidad, hogar e individuo que haga uso de la herramienta, la cual pasa a ser un instrumento de información en un doble sentido: mientras que uno la emplea para informarse de todo lo otro, al mismo tiempo otros, sin que uno necesariamente esté enterado, recurren a ella para informarse, sin previo consentimiento, acerca de todo aquello de lo que uno se informa: una suerte de meta-observación, un diseño concebido para observar sin saber que se es observado, un «panóptico».

El poder visto como volición y como dominación está implicado en una tercera forma de entenderlo si se considera que en las relaciones sociales, al igual que en relación con todo lo real, se da de manera simultánea, permanente y necesaria un ejercicio volitivo y otro dominativo. Desde esta perspectiva más amplia, ontológica, el poder se advierte como *producción* misma de lo real e *inevitabilidad*. El «ser» y el «poder» van de la mano en tanto el segundo posibilita la relación con el primero.⁴³

A continuación examinaré de manera más cercana y detallada la herramienta en su versión contemporánea: la amalgama computadora-Internet y sus repercusiones sobre nuestra sociedad. Para ello el lector deberá considerar en lo sucesivo y en rescate de las consideraciones hasta ahora aterrizadas, que ciberspacio y la privacidad son el *campo* dentro del cual el presente estudio se moverá a partir de ahora; mientras que, por su parte, es el poder la *perspectiva* desde y a través de la que aquél se irá desarrollando en adelante.

⁴³ Entendido así, el poder pierde aquí toda connotación peyorativa que pudo haberle impregnado hasta el momento. Este primer acercamiento al poder como producción e inevitabilidad será desarrollado más detalladamente a lo largo del tercer apartado que dedico al pensamiento filosófico de Michael Foucault.

II. LA HERRAMIENTA HOY: USO, DINAMISMO Y EXPANSIÓN

a) Dato, información y conocimiento

En este punto esclareceré la diferencia entre tres conceptos que en lo sucesivo serán de gran importancia para la investigación, a saber, «dato», «información» y «conocimiento».

Por «dato» entiendo la unidad mínima semántica (simbólica) susceptible de ser conocida, esto es, transmitida desde un emisor hasta un receptor por cualquiera de los medios de comunicación concebidos a lo largo de la historia,⁴⁴ y estructurada en un código determinado y preferentemente compartido, de manera tal que pueda ser comprensible por parte de quien lo recibe. En el caso de la comunicación escrita, por ejemplo, cada unidad tipográfica (letra) constituye un dato; mientras que en el caso del código morse, lo es cada punto o raya (en aislado); y en el caso de la comunicación ciberespacial, un 0 o un 1 (*bit*), según el esquema adoptado por el código binario.

Defino «información» como el conjunto secuencial de datos estructurados en un código común y transmitido a través de un mismo entorno. La diferencia clave entre dato e información estriba en la capacidad de la segunda de ser potencialmente comprendida bajo la forma de un mensaje cognoscible. Piénsese, por ejemplo, en la letra p dentro de la palabra «capa»: la sola letra como unidad semántica no puede dar cuenta de la unidad de información que conforma la palabra dentro de la cual está incluida.⁴⁵ Lo mismo ocurre con un punto o una raya dentro de un mensaje complejo escrito en código morse, o bien, con un 0 o un 1 dentro de una larga cadena de ellos que se transmitió a lo largo del ciberespacio.

Por último, entiendo por «conocimiento» toda información que ya ha sido apropiada, comprendida/asimilada por parte de alguien, es decir, información que ahora le constituye como

⁴⁴ Por el peso que tiene el ciberespacio como medio de comunicación dentro de la investigación, puede que el lector se forme –si no es que se formó ya– la idea de que por «dato» me refiero al «dato informático», cuando en realidad me refiero a aquél que se hace presente en todos los medios de comunicación existentes. Ahora bien, puesto que en lo sucesivo analizaré primordialmente la herramienta en su versión contemporánea, puede que en lo sucesivo, cuando hable sobre el dato, apunte al que viaja por el ciberespacio y no al que se manifiesta en los otros medios.

⁴⁵ El lector podría argumentar que, en ciertos escenarios, la sola palabra es suficiente para la transmisión de un mensaje concreto, o bien, que la sola letra da de sí en suficiencia para el mismo propósito. Frente a estos relativismos me permito apelar al carácter meramente ilustrativo de este ejemplo en particular, cuya finalidad está en lograr distinguir ambos términos.

un «saber propio». Se tienen así tres niveles o grupos en donde uno implica/contiene al otro hasta llegar al nivel superior, el conocimiento.

Es necesario aclarar que tanto el conocimiento como la información y el dato no están limitados en su transmisión-recepción a los medios inventados por el ser humano a lo largo de la historia. Ciertamente, el conocimiento que parte de lo real se da tan pronto media la sensibilidad con nuestro entorno más inmediato y nos proporciona información acerca de él.⁴⁶ Para efectos de la presente investigación, no obstante, restringiré el ámbito del conocimiento a aquél que ha sido transmitido-recibido por los medios de invención humana.

b) Operatividad de la herramienta hoy

Si se observa con mayor detenimiento y proximidad, se verá que la amalgama computadora-Internet es mucho más compleja de lo que pudo haber sido esbozada en el apartado anterior. Sin entrar en detalles técnicos escrupulosos en torno al funcionamiento de los equipos informáticos que posibilitan la permanente re-creación del ciberespacio, es conveniente, empero, proporcionar una descripción más amplia del viaje que realiza un solo dato consultado en algún punto del planeta y que más tarde arriba hasta la pantalla del *gadget* de su consultante. Ello con la intención de que el lector esté en mejores condiciones para comprender su relación con los temas de la vigilancia y del poder, lo cuales, como ya se ha hecho ver, serán de importancia medular a lo largo de la investigación en curso.

Una computadora es fundamentalmente una máquina destinada al procesamiento de información.⁴⁷ Esto es válido para cualquier aparato, sin importar del que se trate, en el que la computadora se haya hecho presente como un módulo central dedicado a esa función.⁴⁸

⁴⁶ Lo que recuerda la teoría del conocimiento desarrollada por Immanuel Kant, quien sostuvo, *grosso modo*, que el conocimiento inicia en los sentidos, los cuales nos proporcionan los datos de la experiencia que son organizados por el entendimiento (información) y regulados por la razón.

⁴⁷ Recuerde el lector lo que se dijo acerca de la primera computadora de la historia, la cual fue concebida con el propósito específico de descifrar las comunicaciones alemanas, esto es, llevar a cabo un procesamiento de información.

⁴⁸ Las computadoras están cada vez más presentes en un número cada vez mayor de aparatos en los que antes no se las solía ver. Así, no es infrecuente escuchar hablar sobre la 'computadora de viaje' que posee un vehículo de modelo reciente, o bien, del 'procesador principal' de un refrigerador casero. Las computadoras se pueden encontrar, por tanto, dentro de una larga lista de objetos comerciales (a los que se les suele denominar 'inteligentes') entre los que se encuentran, además de los antedichos, teléfonos celulares y otros equipos portátiles, lavadoras, secadoras, regaderas, planchas, aspiradoras, sistemas de audio, sistemas de aire acondicionado, impresoras, copiadoras, escáneres, lámparas, bombillas eléctricas, reguladores de corriente alterna, alarmas, termómetros, plumas, sacapuntas, etcétera.

Toda computadora, sin importar el aparato que la posea o la(s) tarea(s) a las que éste se encuentre dedicado, se reduce operativamente a un ciclo lineal simple que consta de tres fases: 1) recepción de *datos de entrada*, 2) procesamiento; 3) exposición de *datos de salida*. La realización de este ciclo lineal se repite con cada dato de entrada que se ingresa a la computadora. Se trata de un modelo operativo de alcance universal.⁴⁹

La digitalización parte de una premisa mayor fundamental: *toda información es <binarizable>*, es decir, susceptible de ser transformada reduplicativamente a código binario y trasladada al entorno ciberespacial. La universalidad de esta transformación pone de manifiesto a su vez la universalidad del código binario de la que se habló en previo.⁵⁰ En efecto, es un código que se comparte en, desde y a través de todos los equipos informáticos de uso corriente, una suerte de ‘metalenguaje universal’ compartido transversalmente. Por consiguiente, tanto los datos de entrada como los de salida estarán escritos en este código.

Cabe señalar que, en términos de las instrucciones operativas que debe realizar una computadora, la información en binario es interpretada, comprendida y analizada de manera inmediata por parte de aquélla para que ejecute las tareas que le fueron asignadas. No obstante, entre una larga secuencia de ceros y unos, y el individuo que ingresa las instrucciones a la computadora o contempla el resultado de su ejecución, median otros tantos códigos que eventualmente migran del entorno virtual (ciberespacio) al entorno físico, donde la información se torna accesible e inteligible por parte nuestra.⁵¹

Una vez que la información ha sido digitalizada, abstraída en código binario, se encuentra en condiciones de ser acumulada en una amplia gama de unidades de almacenamiento para su posterior aprovechamiento (consulta, toma de decisiones, divulgación, etcétera). Las unidades de almacenamiento forman parte de o conectan con multitud de equipos informáticos que internamente operan asimismo de manera binaria en la administración de todo aquello que acumulan. Entre estos equipos distinguiré dos grupos en función de su capacidad de

⁴⁹ A pesar del aparente reduccionismo mecanicista, es interesante la similitud que tiene el ciclo operativo de la computadora con la manera en la que obran los organismos vivientes, incluidos los seres humanos. Así, todo ser vivo recibe datos de su medio que, acto seguido, procesa internamente para después expresar una respuesta determinada.

⁵⁰ *Vid. supra*, p. 17.

⁵¹ Por cuestiones de extensión y relevancia para la investigación me limito a esta breve exposición teórica de la teoría de la computación y el almacenamiento de datos. El lector interesado en ahondar más en la temática puede consultar el texto de Glenn Brookshear, *Teoría de la computación: lenguajes formales, autómatas y complejidad*, Addison-Wesley, México, 1999. En él encontrará un desarrollo mucho más extenso y detallado del tránsito de los códigos y lenguajes con los que operan las computadoras.

almacenamiento de la información y del manejo que de ella hacen. Así se tendrán, por tanto, los equipos «centralizados» y los equipos «periféricos».

Dentro del grupo de los equipos centralizados reuniré exclusivamente los así llamados *servidores dedicados de dominio público y privado*, los cuales consisten en equipos informáticos con elevada capacidad de almacenamiento y procesamiento, ubicados en numerosos centros de datos alrededor del mundo. Estas máquinas suelen albergar principalmente páginas web de consulta pública, aunque también representan un servicio abierto para el almacenamiento de archivos personales «en la nube». También suelen hacer uso de ellas las empresas para guardar información privada, compartida sólo internamente.

En el grupo de los equipos periféricos reuniré todos aquellos aparatos ‘comerciales’ en los que está presente la computadora y que pueden comunicarse con los servidores (al igual que entre ellos mismos) a través de una compleja de red de comunicación a distancia: Internet.

Internet puede ser entendida como una «red de redes» interconectadas (del inglés *inter*, “entre” y *net*, “red”) cuya expansión se debe asimismo a la universalidad de los *protocolos* que operan en ella y que permiten una comunicación virtual efectiva.⁵² Su principio básico operativo es el mismo que el de cualquier computadora, pero en términos un tanto distintos. Primero se envía una solicitud de comunicación a otro equipo. Dependiendo de las distancias, la solicitud puede viajar desde unos cuantos metros (a través de un equipo conectado a otro por medio de un cable, vía inalámbrica, etcétera) hasta miles de kilómetros (un equipo que solicita a un servidor un sitio web albergado del otro lado del mundo).⁵³ Una vez que se recibe la solicitud, segundo, ésta pasa a ser procesada por parte del equipo solicitado, lo cual no suele demorar más de unas cuantas millonésimas de segundo, en virtud de la capacidad de procesamiento de los sistemas actuales. Por último, en tercer término, el equipo solicitado envía la respuesta por la

⁵² Piénsese en los números telefónicos como una analogía de los protocolos de Internet. En efecto, es posible, en teoría y práctica, llamar a cualquier número telefónico del planeta debido a un ‘protocolo’ de comunicación universalmente adoptado: una combinación numérica. Así, ciertas secuencias de números que se escriben bajo un determinado orden consiguen enlazar un teléfono con otro. Ello es posible asimismo gracias a que cada teléfono posee un identificador (secuencia numérica) único e irreplicable, al igual que lo posee cada región del planeta. Pues bien, cada equipo informático, sea centralizado o periférico, tiene una *dirección IP* (secuencia de números entre puntos) que lo identifica dentro de una red de computadoras de mediana escala o dentro de la red de redes.

⁵³ El lector conocedor podrá alegar, contra esto, que una red establecida a corta distancia y entre dos equipos periféricos no es propiamente Internet. Le concedo la razón y argumento, no obstante, que el principio básico de la inter-comunicación virtual basado en un protocolo universalmente adoptado se mantiene a pesar de aquello, al igual que lo hace el modelo operativo que se muestra enseguida.

misma vía que en previo envió la solicitud el equipo solicitante. Un segundo ciclo lineal que se repite con cada solicitud que es enviada, procesada y respondida entre dos equipos informáticos.

La dinámica de este último ciclo, aunado al ciclo que define el modelo operativo de las computadoras, constituye en su conjunto el fundamento funcional de la amalgama computadora-Internet. En su dinamismo este conjunto brinda existencia al entorno virtual del ciberespacio.

Con todo lo anterior es posible aterrizar una definición más clara del ciberespacio como un entorno que resulta de la recodificación de la información a partir del uso continuo y permanente de una herramienta en particular: la computadora-Internet. Figura así como una mediación⁵⁴ que toma el código de otras mediaciones formalmente anteriores y ‘más físicas’, y lo almacena en medios, empero, físicos (factor diferencial) para que más tarde sea consultado por determinadas personas en específico, o bien, accesible de manera universal.⁵⁵

Una consideración más. El ciberespacio se instaló *por encima de* todos los otros medios de comunicación e información que le antecedieron. Esto se entiende desde una doble perspectiva, a saber, 1) su consolidación en tanto medio más utilizado hoy en día para mantener la comunicación a distancia e informarse; y 2) la transversalidad (universalidad) del código binario, en combinación con la susceptibilidad de toda información de ser convertida a éste.

La superposición del ciberespacio implica la subordinación de los otros medios ‘más físicos’. Pese a la obviedad de esta afirmación, es importante declararla por una consecuencia inmediata que de ella se desprende, a saber, la desacreditación de la información que circula a través de los medios subordinados. En otras palabras, lo que se conoce por mediación de la «realidad virtual» (ciberespacio) es más fiable que todo aquello cuanto se conoce en, desde y a través de la «realidad física», sin que se vuelva relevante siquiera su constatación con hechos ‘tangibles’.⁵⁶ Los «hechos virtuales» se validan a sí mismos y desde sí mismos, mientras que los «hechos reales» pierden validez intrínseca y se muestran desplazados por aquéllos.⁵⁷

⁵⁴ En lo sucesivo utilizaré los conceptos «medio» y «mediación» de manera indistinta.

⁵⁵ Con esta definición busco tomar distancia de una interpretación equívoca que podría derivarse de la lectura de esta investigación, a saber, que el ciberespacio y la realidad física son opuestos entre sí y están mutuamente desvinculados. Por el contrario, el primero es parte constitutiva de la segunda (a pesar de que, como se verá más adelante, el ciberespacio esté ganando para nosotros un mayor ‘peso’ que la realidad física).

⁵⁶ Esta afirmación tiene alcances considerables si se toma en cuenta que la comunicación «cara a cara» forma parte de los ‘medios físicos’ que quedan asimismo subordinados. La información que se publica en Internet (no necesariamente veraz) termina por validarse a sí misma, sin que en apariencia se torne relevante si lo publicado guarda relación o no con hechos ocurridos.

⁵⁷ Lo que me remite de nuevo a Benjamin en *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* (vid. *supra*, nota 23). Siguiendo el discurso de este autor en su ensayo, por consecuencia de la cámara fotográfica y del cinematógrafo, es irrelevante distinguir entre la copia y

c) Ciberespacio y privacidad

En nuestra interacción con el mundo y con los múltiples seres en él, dejamos un «rastros nuestro», una huella que denota nuestra existencia, nuestro trato con las cosas. Querámoslo o no, este rastro nuestro da cuenta de quiénes somos y de cómo nos relacionamos con todo lo otro. Más aún, es en la interacción con un «otro-como-yo» donde aquel «dar-cuenta-de-mí» en ese «rastros mío» consigue hablar más fielmente acerca de quién soy yo. En efecto, en los otros dejamos una marca a la que más adelante esos otros acuden como un «vestigio» que narra nuestro ser tan pronto ellos dan pie a esa narrativa, hablan de nosotros.

Por ser parte del mundo, los medios de comunicación que utilizamos, también son susceptibles de recibir la marca de aquel rastro nuestro. Si volvemos un par de siglos atrás, cuando la correspondencia escrita solía ser la herramienta de comunicación más extendida, veremos que una carta destinada a algún ser querido que vive a lo lejos contiene la huella de quien la redactó: sus pensamientos, emociones, sentimientos e ideas; pero también su manera particular y única de escribir, de trazar cada carácter sobre la hoja de papel, así como de combinar las palabras y de jugar con ellas para formular enunciados originales que sólo podrían provenir de esa persona y no de otra.

Si retornamos al presente, ahora que la computadora-Internet es la herramienta de comunicación –y de información– por excelencia, veremos que dejamos asimismo un rastro que da cuenta de nuestras personas tan pronto accedemos al ciberespacio. Por poner un ejemplo simple, cuando utilizamos un *navegador* para consultar una página web, el propietario del servidor que alberga el sitio registra el recorrido que realizamos a lo largo de él, así como la fecha y la hora en la que accedimos, y la *dirección IP* de nuestra computadora, con la cual no le resultaría demasiado difícil identificarnos como individuos.⁵⁸

Por tratarse de una herramienta de comunicación, el ciberespacio ha sido terreno fértil para la proliferación de portales dedicados en específico a ese propósito: comunicarnos. Dichos

la original de las obras artísticas creadas a partir de dichos inventos, en tanto que ambos pueden reproducir técnicamente toda creación suya de manera indefinida. Aplicando esto por analogía, podría decirse que a partir de la invención de la computadora-Internet, ya no sólo es irrelevante distinguir la información 'original' (de anclaje en hechos verídicos y constatables) de la información 'copia' (digitalizada a partir de la recodificación de un código formalmente anterior dentro de un entorno 'más físico'), sino que además la 'copia' parece ser más valiosa que la 'original' (por distorsionada y falseada que esté la primera respecto de la segunda). De todo esto se desprenden consecuencias interesantes que, no obstante, trascienden los objetivos trazados para este estudio.

⁵⁸ A lo que habría que añadir nuestra manera única e irrepetible de teclear, desplazar el cursor, navegar entre las distintas páginas, etcétera.

portales constituyen las llamadas «redes sociales», que ocuparán una posición céntrica en este punto por ser un vector en el que la cuestión de la privacidad se torna especialmente relevante por las razones que expondré más adelante.

Se entiende por *red social* una comunidad virtual que enlaza de modo simultáneo a un número indefinido –por lo general, grande– de personas que participan, desde distintos puntos del planeta, de un servicio (red social en sí misma) que, dependiendo de sus funcionalidades y capacidades, permite compartir entre sí mensajes, fotografías, vídeos, entre otros archivos digitales. Una diferencia cualitativa entre una red social y cualquier otro servicio que se ofrece en Internet estriba en el enfoque de aquella dirigido a mantener una comunicación activa y permanente entre quienes la usan. En años recientes el empleo de las redes sociales se ha situado como la actividad principal en Internet,⁵⁹ lo que representa la expansión del ciberespacio, tanto en lo que se refiere a su acceso como en lo que respecta al volumen de datos que contiene.

Sólo para formar parte de ellas, la mayoría, si no es que todas las redes sociales en Internet, exigen la revelación de *información personal* que, en la mayoría de los casos, si no es que en todos, el servicio que proporciona la red social se compromete a resguardar mediante un contrato⁶⁰ que ambas partes (el servicio y el usuario) suelen celebrar y firmar digitalmente durante el proceso de registro. La información que cada red social solicita al registrarse puede ser muy variada, pues dependerá de las políticas de la empresa que presta el servicio y del enfoque social al cual se encuentra dirigida. Habrá, por tanto, algunas empresas que pedirán no más que el nombre del usuario y un correo electrónico de verificación, mientras que otras tantas puede que demanden, además, la edad, la fecha de nacimiento, la nacionalidad, el número telefónico, algún domicilio... entre otros datos personales en cuyo requerimiento no parece advertirse regulación jurídica alguna.

Al igual que para el caso de la información de registro, la empresa que proporciona el servicio de la red social se compromete por contrato a velar por que toda la información que sus usuarios compartan no caiga en el dominio público, es decir, que pueda ser accesible únicamente

⁵⁹ Sarah Radwanick, *It's a Social World: Social Networking Leads as Top Online Activity Globally, Accounting for 1 in Every 5 Online Minute*, Comscore, Inc., 21/XII/2011, <https://www.comscore.com/Insights/Press-Releases/2011/12/Social-Networking-Leads-as-Top-Online-Activity-Globally/> Consultado 13/III/2019.

⁶⁰ Permítome una breve digresión para reflexionar, aunque sea en un par de líneas al pie de esta página, acerca de cómo el contrato social y su validez intrínseca han perdurado hasta el punto de *trascender los límites físicos* para instalarse ahora en un entorno virtual donde posee, no obstante, tanto o incluso más valor que en el entorno físico donde originalmente nació.

por quienes sus propietarios definan. En otras palabras, aquélla procurará salvaguardar la *privacidad*. Una vez concluido el proceso de registro dentro de una red social, es posible para el usuario emplearla en recurso de todas y cada una de las prestaciones y herramientas que ofrece con la intención de establecer vínculos con personas distantes, sean éstas conocidas o desconocidas para aquél.

Es en este punto donde la privacidad adquiere especial relevancia en lo que se refiere al uso de las redes sociales como vía de comunicación en el ciberespacio. La información privada que un individuo podría compartir en recurso de aquéllas supera por mucho la que expondría a través de cualquier otro servicio en Internet hasta ahora disponible: datos de contacto y posición geográfica, datos de amistades y gente a la que suele frecuentar, diálogos y documentos privados, imágenes, vídeos, audios e incluso registros financieros son sólo algunos ejemplos de todo el cúmulo de contenido personal potencialmente intercambiable en una red social; contenido que, por la constitución misma del ciberespacio, también puede ser almacenado.

Tras las declaraciones que expuse a lo largo del apartado anterior en lo que se refiere al papel de los servicios de inteligencia en la protección de los intereses del Estado, el lector no debería sorprenderse cuando afirmo que, si de lo que se trata es de mantener el máximo control social posible, es menester que los contenidos intercambiados y almacenados en las redes sociales también sean vigilados de cerca. Ello a costa de la vulneración de las políticas de privacidad y del contrato firmado por ambas partes.

A principios de junio del 2013, Edward Joseph Snowden, antiguo consultor de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos, realizó una de las revelaciones más notorias y de mayor alcance en la historia del espionaje. Mientras que estuvo trabajando para la susodicha instancia, obtuvo acceso a numerosos documentos clasificados que evidenciaron una sofisticada, minuciosa y descomunal labor de vigilancia a lo largo de todo el ciberespacio. Al poco tiempo los documentos obtenidos se hicieron públicos, lo que ocasionó un escándalo de alcance mundial frente a una de las mayores vulneraciones en el ámbito de la privacidad de las que se tenga conocimiento histórico.

Sin el afán de entrar en detalles muy puntuales o técnicos en torno a la magnitud de la vigilancia mundial que ejerció la NSA durante décadas,⁶¹ bastará con señalar que ésta intervino activamente la gran mayoría de los sistemas de comunicación a nivel mundial y los datos que éstos transmitieron a través de Internet, sin importar si en su conjunto constituyeron información de dominio público o si estaba enmarcada en el ámbito privado. Esto le fue posible gracias al empleo de tácticas, métodos y un arsenal de herramientas tecnológicas para la intervención proactiva de datos. Entre estas estrategias destacan: la extracción y procesamiento de información por intervención de las señales satelitales, la extracción y procesamiento de información por intervención de las señales transmitidas a través de los principales cables de red tendidos en el lecho marino, la implantación de circuitos electrónicos en equipos comerciales de cómputo y de comunicación, la elaboración y distribución masiva programas informáticos malintencionados (virus) que se proliferaron por la red e infectaron millones de computadoras, y la cooperación voluntaria para la cesión de datos por parte de las principales empresas proveedoras de tecnología informática y de servicios en Internet a nivel mundial.⁶²

Toda la información intervenida por la NSA solía ser retenida en sus propios centros de datos para luego ser examinada de manera meticulosa por programas informáticos especializados cuya labor consistía en detectar patrones de conducta específicos a partir de diálogos o documentos intercambiados que pudiesen estar dirigidos hacia la vulneración de la seguridad de la nación. Al final el ojo humano no quedaba excluido de revisar selectivamente toda aquella maraña de información, lo que equivale de nuevo a decir que la privacidad se mostró vulnerada por parte de unos cuantos individuos que tuvieron acceso a un océano de datos, a todo cuanto se compartió por años a través de Internet mientras se tuvo la confianza en la protección provista por políticas de privacidad que al final revelaron en no más que un discurso vacío, una mentira.

⁶¹ Al lector que desee adentrarse en información técnica detallada lo invito a leer los artículos publicados en el diario británico *The Gurdian*, los cuales pueden consultarse en su versión electrónica a través del hipervínculo: <https://www.theguardian.com/us-news/the-nsa-files/> En ese mismo espacio el lector descubrirá el arsenal de herramientas tecnológicas que la NSA creó con el objetivo claro de inmiscuirse en todos y cada uno de los sistemas y canales de comunicación en el mundo. Por cuestiones de extensión no es posible detallarlos aquí.

⁶² Entre las que destacan Facebook, Twitter, Microsoft, Google, Yahoo, Apple y Verizon. Las primeras dos conformaban en aquel entonces las dos redes sociales más utilizadas del planeta. La última compañía en la lista es la empresa proveedora de Internet más grande de Estados Unidos. En efecto, ésta tenía órdenes de ceder toda la información que sus clientes consultaban.

d) Ciberespacio, privacidad y poder

Glenn Greenwald, abogado y columnista estadounidense, fue el primer individuo con quien Snowden estableció contacto para la divulgación de los documentos clasificados que éste extrajo de la NSA. A partir de su experiencia con el ex consultor redactó el libro *Sin un lugar donde esconderse*,⁶³ en cuyas páginas desarrolla, entre otros puntos, las consecuencias e implicaciones que representó el daño ocasionado por la masiva vulneración a la privacidad en Internet. Y es que para el autor “[...] el deseo de privacidad es algo común [...]. El terreno privado es donde podemos actuar, pensar, hablar, escribir, experimentar y decidir al margen del escrutinio ajeno. La privacidad es una condición fundamental para ser libre”.⁶⁴ El daño a la privacidad significó, por tanto, una herida profunda en ese ámbito de libertad. “Cuando desaparece la esfera privada, lo que se pierde son muchos de los atributos asociados a la calidad de vida [...]. Sólo cuando nadie nos observa nos sentimos realmente libres”.⁶⁵

Si, como defiende Greenwald, la privacidad se encuentra asociada con la libertad, tenemos que la anulación de la primera conlleva la aniquilación de la segunda.

[...] Las autoridades opresoras se basan en esta verdad [...] de la que se valen como instrumento clave para reforzar ortodoxias, imponer adhesiones y reprimir disconformidades. Les interesa transmitir que nada de lo que hagan sus súbditos escapará al conocimiento de la autoridad. La privación de la privacidad, mucho más efectiva que una fuerza policial, elimina toda tentación de infringir normas.⁶⁶

El sometimiento de los individuos en detrimento de sus libertades a partir de un ejercicio de reducción del ámbito de la privacidad remite al concepto *poder* entendido como *dominación*. Efectivamente, la conciencia, por parte del sujeto, de la *presencia omnisciente* de una figura de autoridad, termina por cohibir su obrar restringiéndolo a aquellas acciones que se enmarcan en los límites tolerados por parte de aquélla. Greenwald lo sintetiza de la manera siguiente:

Para empezar, las personas cambian radicalmente de conducta si saben que alguien las está mirando. Se esfuerzan por hacer lo que se espera de ellas. [...] Por tanto, la variedad de opciones que las personas

⁶³ Glenn Greenwald, *Sin un lugar donde esconderse*, Ediciones B, Barcelona, 2014.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 215.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 217.

⁶⁶ *Idem*.

contemplan cuando creen ser observadas es mucho más limitada que cuando actúan en un ámbito privado.⁶⁷

La observación permanente de los individuos que se saben observados, vulnerables en su privacidad dentro del entorno ciberespacial, remite a un concepto fundamental para esta investigación; un concepto que apenas introduje al cierre del apartado anterior y que ahora requiere de un abordaje más pausado:⁶⁸ el concepto «panóptico».

Para Whitaker “la imagen del panóptico impregna todas las discusiones de vigilancia contemporáneas”.⁶⁹ ¿En qué consiste un panóptico? Este término fue introducido hacia fines del siglo XVIII por el filósofo y economista inglés Jeremy Bentham en una época en la que el Reino Unido transitaba por profundas reformas en materia de derecho penal y donde se cuestionaba el sentido de la privación de la libertad de las personas. Whitaker describe el panóptico en los siguiente términos que conviene citar *in extenso*.

Se trata de una idea sencilla: una prisión construida en forma circular, cuyo perímetro periférico en cada uno de los niveles consiste en celdas individuales que albergan a un solo prisionero, totalmente aislado de los otros reos, a los que no puede ver ni escuchar. Todas las celdas son visibles a la observación del inspector, instalado en una [torre] central desde la que puede controlar perfectamente a cada uno de los prisioneros. Mediante un sistema de aperturas y tubos de comunicación [...] todos los prisioneros son conscientes del escrutinio del inspector en cualquier momento del día o de la noche [...]. Aunque el inspector pueda ver permanentemente a los prisioneros, éstos no pueden ver el rostro ni los ojos de aquél, ya que, mediante otro complicado sistema de linternas y aperturas, su figura es una silueta opaca que a pesar de recordarles constantemente su presencia, se mantiene como «una figura completamente negra» cuyos rasgos son indescifrables.⁷⁰

A primera vista es tentador establecer una *aplicación perfecta* del panóptico de Bentham sobre los sistemas de vigilancia concebidos por la NSA y más tarde revelados por Snowden. Más aún, la amalgama computadora-Internet, esto es, la herramienta en su versión contemporánea, aparenta en sí un panóptico en tanto que:

⁶⁷ Glenn Greenwald, *Sin un lugar...*, p. 216.

⁶⁸ No será, empero, sino hasta el apartado siguiente que efectuaré un examen mucho más profundo del panóptico.

⁶⁹ Reginald Whitaker, *El fin de la privacidad...*, p. 46.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 46-47.

1. Se tiene conciencia de que la información que uno comparte en recurso de la herramienta –y más específicamente, a través de las redes sociales– es factible de ser observada por otros;⁷¹ es decir, la figura del inspector está presente y se sabe de ella.
2. La información que uno comparte en recurso de la herramienta puede ser observada por otros sin que uno sepa en qué momento y por quiénes está siendo observada;⁷² es decir, el «sistema de aperturas y tubos de comunicación» se encuentra en operación e impide reconocer la identidad del inspector.

No obstante, me parece precipitado concluir en este punto y de manera apodíctica y contundente que *el ciberespacio es un panóptico* por dos motivos:

1. El rasgo definitorio del panóptico benthamiano es su cualidad arquitectónico-espacial, es decir, se caracteriza por una espacialidad que le es inherente y constitutiva en todo momento; es, por tanto, un mecanismo *físico* de control.

Esta primera circunstancia podría insinuar algunas dificultades si lo que se busca es un acoplamiento análogo perfecto entre el panóptico y el ciberespacio, siendo este último un entorno abstracto, *no físico*, producto de la reduplicación extrema del entorno-código.

2. Para objetos de contraste y ampliación conceptual se precisa el tratamiento del panóptico desde un autor que lo haya trabajado con una mayor profundidad, desde una óptica más filosófica y en relación con el poder, el cual conforma la perspectiva a la cual se ciñe la investigación en curso. Tal autor, al que referiré ampliamente a lo largo del próximo apartado, es el filósofo, teórico social y psicólogo francés Michael Foucault, en cuyo pensamiento me apoyaré para resolver lo que ahora figura como el problema central de la investigación: *la aplicabilidad del panóptico al ciberespacio*.

⁷¹ En consecuencia de las revelaciones de Snowden que mostraron al mundo el potencial de espionaje de la herramienta.

⁷² No lo limito aquí a la NSA y a sus técnicas y tecnologías de espionaje, sino a todo aquel que tenga la posición o las habilidades técnicas suficientes para escudriñar la información privada que se cree bien resguardada en Internet o en los equipos informáticos.

Antes de transitar a un nuevo apartado es importante tratar asimismo el poder entendido como *volición* y como *producción-inevitabilidad*, pues hasta ahora me he limitado a entenderlo como dominación desde el campo de la privacidad y del ciberespacio.

El poder como volición parte de la mera intención de ejercer un dominio sobre otros. Es una decisión que se lleva a cabo en recurso de la herramienta que vale como simple medio para ese fin. Ciertamente, individuos concretos optan por el menoscabo de la privacidad de otros tantos individuos concretos. Tal decisión, tal ejercicio de poder, se suma a un número indefinido de decisiones sucesivas, de nuevos ejercicios de poder, que en su conjunto no pierden de vista el objetivo primordial que se desea conseguir. Ahora bien, hay que señalar que, desde la perspectiva de los individuos dominados, también se da un ejercicio de poder que expresa tan pronto éstos eligen hacer uso de la herramienta para comunicarse con otros (o para cualquier otra finalidad) en recurso de las redes sociales (o de cualquier otro servicio en Internet), aun a sabiendas de que su privacidad está en riesgo.⁷³ En este sentido, es una decisión individual, un ejercicio de poder, entrar al ciberespacio y compartir información.

Para introducir la noción de poder como producción e inevitabilidad acudiré de nuevo a Greenwald en sus reflexiones a propósito del cuidado de la esfera privada.

[...] es en la esfera de la privacidad donde germinan la creatividad, la rebeldía y los desafíos a la ortodoxia. Una sociedad en la que todo el mundo se sabe observado por el Estado (donde desaparece efectivamente el ámbito privado) es una sociedad en la que esos atributos se pierden, tanto en el nivel social como en el individual.

Por lo tanto, la *vigilancia estatal generalizada es intrínsecamente represiva, incluso en el caso improbable de no ser utilizada abusivamente* por funcionarios vengativos que quieran obtener información privada [...]. Al margen de si se usa la vigilancia o se abusa de ella, *los límites que impone a la libertad son connaturales a su existencia.*⁷⁴

Las relaciones de poder son una cualidad intrínseca y constitutiva al interior del ciberespacio, no sólo en términos de vigilancia masiva –lo que podría hacer creer (falsamente)

⁷³ Contrario a la reacción que quizá pudo esperarse, llama la atención que el uso de las redes sociales no sólo se ha mantenido, sino que ha incrementado de manera constante en los últimos cuatro años, tal como confirma el reciente documento de Simon Kemp, *Report: Social media use is increasing despite privacy fears*, The Next Web, 17/IV/2018, <https://thenextweb.com/contributors/2018/04/17/report-social-media-use-is-increasing-despite-privacy-fears/> Consultado 16/III/2019.

⁷⁴ Glenn Greenwald, *Sin un lugar...*, p. 217. Cursivas mías.

en la presencia necesaria de una víctima y de un victimario—, sino en y desde el solo hecho de que se establezca una comunicación entre dos sujetos a través de esta mediación nueva. Tan pronto uno de ellos se presta a iniciar un diálogo y el otro se dispone a atenderlo,⁷⁵ hay una dinámica de poder presente que se revela como el vínculo en sí.⁷⁶ No se trata, pues, de un sometimiento, sino de una dinámica que produce y re-crea el ser del propio vínculo. El poder, por consiguiente, funge como productor del ciberespacio en tanto éste es producido por la interacción y el constante acceso a la información en él contenida.

En paralelo el poder demuestra su inevitabilidad en las relaciones sociales como interacción con información en el ciberespacio. Así pues, ni siquiera en este entorno se puede concebir una relación sin que el poder se haga manifiesto.

En recuento de todo lo anterior me permitiré concluir, por el momento, que el poder constituye la «mediación por excelencia», primigenia, originaria. El poder es el medio más próximo al «ser» en tanto le permite mediar consigo mismo en dinamicidad. Y es al interior de esta mediación dinámica que el ser, lo real, se produce inevitablemente a sí mismo.

⁷⁵ Entiéndase aquí por «diálogo» no únicamente lo verbal o lo escrito, sino toda manifestación de intercambio de información (audios, imágenes, vídeos, etcétera) a través de Internet.

⁷⁶ Toda relación intersubjetiva es en sí una relación de poder; pero también lo es toda relación con lo real.

III. FOUCAULT, EL PANÓPTICO Y EL «CIBERPANÓPTICO»

a) Suplicio, prisión y «cibervigilancia»

Las prisiones son espacios dentro de los cuales la vigilancia y el control se imponen de manera mucho más estricta con respecto a otros espacios sociales. Su razón de ser partió de una necesidad histórica: la de concebir una arquitectura en donde los delincuentes pudiesen ser contenidos, esto es, privados de su libertad y sometidos a un régimen disciplinario fuertemente reglamentado y rutinario. Todo ello con miras a reinsertarlos a la sociedad como individuos funcionales, una vez que hubiesen cumplido con el plazo de su condena cuya duración tuvo que ser determinada en previo por un representante autorizado del órgano judicial. Sin importar el tipo de crimen que el individuo cometiera, esta dinámica punitiva se ha mantenido intacta desde su concepción hasta nuestros días.

Esto no siempre fue así. La prisión tuvo una génesis que puede ser situada en la historia junto con las condiciones que la hicieron posible. Tal es la labor que emprendió Michel Foucault en su obra *Vigilar y castigar*.⁷⁷

¿Cómo nace la prisión? Para responder a esta pregunta hay que establecer un contraste histórico a partir de la exposición de aquello que había antes de la prisión, esto es, el *suplicio*.

Hasta el siglo XIX la manera definitiva de sentenciar los crímenes cometidos por el pueblo fue mediante el «espectáculo punitivo». Dependiendo del tipo y gravedad de la injuria cometida, el individuo podía ser desmembrado parcial o totalmente, quemado en fuego o en aceite hirviendo, desollado... o todas estas formas de tortura juntas. Ello a plena vista del público que presenciaba de principio a fin el horror de los tormentos que los culpables debían padecer con tal de expiar sus culpas.

El cuerpo era entonces el objeto de expiación al cual se debía infligir el mayor dolor posible para todo aquel que infringiese la ley, perturbase el orden público, ocasionase daños a la moral y/o a las buenas costumbres, blasfemase, etcétera; todo lo cual tiene raíces medievales

⁷⁷ Michel Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.

si consideramos que en el fondo se pretendía restaurar en la mente de los criminales y del pueblo la autoridad divina del monarca que buscó ser vulnerada sin éxito.

La dinámica punitiva descrita hasta ahora cambió de manera radical en Europa entre los años 1830-1848 por motivos que conviene inspeccionar de cerca.

Foucault nos muestra que la prisión nació como sustituta del espectáculo punitivo a partir de un viraje en la concepción del hombre y del escarmiento mismo. El cuerpo dejó de ser el enfoque; ya no era lo que debía padecer la pena y la expiación. En palabras del autor, “esta necesidad de un castigo sin suplicio se formula en primer lugar como un grito del corazón o de la naturaleza indignada: en el peor de los asesinos, una cosa al menos es de respetar cuando se castiga: su *humanidad* ”.⁷⁸ Esta «humanidad» de la que habla apunta a algo esencial en el hombre: su alma. Efectivamente, el alma, ya de suyo encarcelada en el cuerpo, quedaba ahora, junto con éste, aún más recluida, a merced del confinamiento en un espacio físico del cual no podía escapar. “El cuerpo se encuentra aquí en situación de instrumento o de intermediario; si se interviene sobre él encerrándolo o haciéndolo trabajar, es para privar al individuo de una libertad considerada a la vez como un derecho y un bien”.⁷⁹

Por consecuencia directa de este cambio de perspectiva surge todo un ejército de especialistas (vigilantes, médicos, educadores, psiquiatras, psicólogos) que relevará al verdugo al poner su mirada clínica sobre el alma sentenciada y buscar a toda costa su encausamiento hacia el bien, su reinserción a la sociedad.⁸⁰ Aparece así lo que el autor denominó una nueva «economía del castigo», la cual define como

El juego de esas “medidas de seguridad” de que se hace acompañar la pena (interdicción de residencia, libertad vigilada, tutela penal, tratamiento médico obligatorio), y que no están destinadas a sancionar la infracción, sino a controlar al individuo, a neutralizar su estado peligroso, a modificar sus disposiciones delictuosas, y a no cesar hasta obtener tal cambio.⁸¹

⁷⁸ *Ibidem*, p. 69. Cursivas mías.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 13.

⁸⁰ *Idem*.

⁸¹ *Ibidem*, p. 20. Más adelante se analiza de qué manera se adoptó una nueva tecnología del castigo en recurso y explotación de las nuevas tecnologías de comunicación.

La nueva perspectiva sobre el individuo y lo que de él tendría que ser castigado se relaciona indirectamente con las profundas transformaciones económicas vividas en Europa a comienzos del siglo XIX, por consecuencia de las cuales se produce una explosión demográfica, se da una elevación en el nivel de vida y, lo más importante, se multiplican las riquezas y las propiedades, y junto con éstas, los criminales que buscaban adueñarse de ellas. Así pues, los delitos de sangre disminuyen mientras que se incrementan los crímenes contra la propiedad. Era menester, por tanto, un nuevo sistema judicial que hiciera frente a esto, que garantizara el resguardo de la propiedad, la cual era vista como un derecho, al igual que la libertad, de la que se privaba a todo aquél que se dispusiera a transgredir los bienes de otros. “El castigo ha pasado de un arte de las sensaciones insoportables a una economía de los derechos suspendidos”.⁸²

Foucault explica que, con el transcurso de los años, el modelo disciplinario y de vigilancia que se adoptó al interior de las prisiones pasó a diseminarse a través de las numerosas esferas de la sociedad. Ello con miras a extender el control y prevenir –ya no únicamente castigar– el ejercicio del crimen contra la propiedad. Los ejércitos, las escuelas, los hospitales y las clínicas de salud mental son ejemplos destacados de este primer intento por aplicar el régimen carcelario al entorno social. Así surge una sociedad dentro de la cual la vigilancia, el dominio y el control buscarán abarcar la mayor amplitud posible; una sociedad en donde la susodicha economía del castigo se vuelve la moneda circulante. Foucault bautizó a este fenómeno con el nombre «sociedad disciplinaria».

Se puede, pues, hablar en total de la formación de una sociedad disciplinaria en este movimiento que va de las disciplinas cerradas, especie de ‘cuarentena’ social, hasta el mecanismo indefinidamente generalizable [...]. No quiere decir esto que la modalidad disciplinaria del poder haya remplazado a todas las demás; sino que se ha infiltrado entre las otras, permitiendo conducir los efectos de poder hasta los elementos más sutiles y más lejanos.⁸³

La búsqueda de la sociedad disciplinaria constituyó la causa motriz que impulsó la creación, el perfeccionamiento y la multiplicación de las numerosas tecnologías de espionaje que comenzaron a aparecer en escena a raíz de los conflictos bélicos del siglo XX. Efectivamente,

⁸² *Ibidem*, p. 13.

⁸³ *Ibidem*, p. 199.

la necesidad de vigilancia, dominio y control sobre el enemigo requirió de una mayor generalización de los mecanismos impuestos por el régimen de la sociedad disciplinaria, su infiltración en el ámbito de la técnica.⁸⁴ No es sino hasta entonces que surge en la historia *una nueva forma de vigilancia* generalizada que recurre a una *nueva herramienta* (amalgama computadora-Internet) para colonizar un *nuevo entorno espacial* (cibespacio) producto de ésta. La sociedad disciplinaria consigue, pues, trascender el medio físico para instalarse, infiltrarse, en un medio virtual. Y si bien el régimen penitenciario, la prisión, no deja de figurar en el espacio social, lo cierto es que ahora la recién concebida «cibervigilancia» logra un efecto mucho más deseable cuando de lo que se trata es de vigilar simultáneamente a un número indefinido de individuos.

Es importante precisar que, además de los conflictos bélicos, hubo, no obstante y en paralelo con éstos, un fenómeno social que no se detuvo desde el nacimiento de la prisión y que influyó asimismo en el surgimiento de la cibervigilancia, al igual que en su momento lo hizo para el caso del régimen carcelario. En efecto, las transformaciones económicas ligadas a un capitalismo cada vez más en expansión exigían ya la observancia permanente de los individuos. Para entender esto hay que recurrir a las palabras propias del autor.

Llegó un momento en que fue preciso que cada cual fuera efectivamente percibido por el ojo del poder, si se aspiraba a tener una sociedad de tipo capitalista, es decir, con una producción que fuera lo más intensa posible, lo más eficaz posible; cuando, en la división del trabajo, fue necesario que hubiera personas capaces de hacer esto y otras de hacer aquello, cuando apareció también el miedo de que movimientos populares de resistencia, de inercia o de rebelión derrocaran todo ese orden capitalista que estaba naciendo, fue menester entonces una vigilancia precisa y concreta sobre todos los individuos [...].⁸⁵

A través del control social que el Estado adquiere en recurso de la cibervigilancia, éste consigue un control al interior de los ámbitos político y económico, mientras que la preocupación central en la doctrina carcelaria era la propiedad y, en el caso del suplicio, los crímenes de sangre. Ahora bien, ¿cómo se consigue esto con la cibervigilancia? Ha sido

⁸⁴ Aunque Foucault reconoce que el empleo de la técnica para la vigilancia no es algo nuevo, como queda demostrado en el siguiente pasaje: “Al lado de la gran tecnología de los anteojos, de las lentes, de los haces luminosos, que forman cuerpo con la fundación de la física y de la cosmología nuevas, han habido las pequeñas técnicas de las vigilancias múltiples y entrecruzadas, unas miradas que deben ver sin ser vistas [...]”. (*Ibidem*, p. 158).

⁸⁵ Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica: sobre el poder, la prisión y la vida*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012, p. 37.

menester toda una redefinición de la economía del castigo, es decir, de las medidas de seguridad encaminadas a neutralizar el peligro que los individuos pudieran representar. Para entender cómo opera esta nueva economía del castigo, hay que tener claro, en primera instancia, qué es *eso* del hombre que ahora se desea castigar, considerando que lo era el cuerpo con el suplicio y, más adelante, el alma con la prisión. Asimismo, para resolver esta última interrogante, hay que elaborar un diagnóstico en torno a cómo se manejan las relaciones de poder en el ciberespacio.

Ilustrándolo con el ejemplo del ferrocarril, Foucault busca explicar que el surgimiento de un nuevo sistema de comunicación –ciberespacio– trae consigo una reestructuración del espacio y, por ende, nuevas relaciones de poder.⁸⁶ Ahora bien, se dijo ya hace algunas páginas que las relaciones de poder se presentan tanto en el ámbito ciberespacial como en la sociedad en sí. Basta para ello el establecimiento de una comunicación entre dos individuos a través de aquel medio y por mediación de la información que a lo largo de él se transmite y se almacena. Pero esto significa que la relación de poder ya no se da frente a frente, es decir, ya no es entre los individuos, sino a través de la información. La relación, no obstante, persiste en tanto que son los individuos mismos quienes en última instancia acceden a esa información acerca de su interlocutor y se apropian de ella.

Hay que recalcar el hecho de que la información mediatizada por el ciberespacio no es en sí el sujeto que la expresa. Más aún, en la extrema reduplicación del entorno y del código que el ciberespacio representa ser, el sujeto mismo se ‘pierde de vista’ para quedar en su lugar el mensaje que transmite. Ciertamente, el primero, el sujeto, queda vedado, oculto; mientras que el segundo, el mensaje, es lo que de aquél se presenta, su re-presentación que, empero, funge como sujeto para quien con éste interactúa. Por último, no está de más señalar que la información que se expone en el ciberespacio no necesariamente tendría por qué concordar de manera plena con la realidad de quien la enuncia. Siempre uno mismo tiene más conocimiento de sí y de sus intenciones que el otro, por lo que el ciberespacio, por ser una mediación sobre la mediación, genera una distancia mayor que, a modo de escudo, se presta para engañar, manipular, etcétera; todo lo cual refleja en una reestructuración de las relaciones de poder en donde el sujeto, a fin de cuentas, nunca se pierde, aunque se aleje.

⁸⁶ Cfr. Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica...*, p. 144.

La re-presentación que uno da de sí en el ciberespacio con la información que envía a través de éste genera una «imagen», una apariencia que se quiere mostrar ante los demás que la asumen verdadera en tanto el sujeto queda vedado. Y es por este quedar-vedado del sujeto y por aquel quedar-expuesto de su imagen que esta última adquiere toda realidad en el ciberespacio. En fin, la imagen que uno proyecta de sí es lo que vale, lo que importa, y no así la ‘realidad’ del sujeto, lo que de él queda fuera del ciberespacio.

A partir de todo este análisis se puede concluir que las relaciones de poder en el ciberespacio se dan entre imágenes, abstracciones representativas de sujetos –que en última instancia, insisto, remiten a sujetos concretos– que no son más que un cúmulo de datos almacenados en servidores y transmitidos hacia los equipos informáticos. Es, por tanto, también la imagen aquello que se castiga⁸⁷ desde el régimen de la cibervigilancia.

Es posible en este punto resolver la pregunta inicial sobre cómo el Estado consigue a través de la cibervigilancia un control político y económico. La respuesta se encuentra en el control sobre la imagen, en la observancia directa y meticulosa de la información que se publica en el ciberespacio, al igual que en el escrutinio de las relaciones de poder que se gestan a cada instante en este entorno y que pretendidamente el Estado busca que queden subordinadas a él.

b) Espacio, panóptico y «ciberpanóptico»

“El espacio es fundamental en todo ejercicio del poder”.⁸⁸ Tal afirmación de Foucault sugiere que las configuraciones arquitectónicas son un elemento crítico para el éxito de la dominación. Bajo el modelo de la sociedad disciplinaria, estas configuraciones procurarán una distribución particular de los individuos en el espacio que garantice la mayor vigilancia.

Es preciso anular los efectos de las distribuciones indecisas, la desaparición incontrolada de los individuos, su circulación difusa, su coagulación inutilizable y peligrosa [...]. Se trata de establecer las presencias y las ausencias, de saber dónde y cómo encontrar a los individuos, instaurar las comunicaciones útiles, interrumpir las que no lo son, poder en cada instante vigilar la conducta de cada cual, apreciarla, sancionarla, medir las cualidades o los méritos.

⁸⁷ En el siguiente punto se analizará a detalle de qué manera la imagen es objeto de castigo desde el régimen de la cibervigilancia.

⁸⁸ Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica...*, p. 154.

Procedimiento, pues, para conocer, para dominar y para utilizar. La disciplina organiza un espacio analítico.⁸⁹

La arquitectura, inscrita en los márgenes de la sociedad disciplinaria, ya no está diseñada sólo para ser contemplada desde el exterior, sino que debe estar orientada a vigilar de manera cercana a quienes se encuentran en su interior. Una visibilidad lo más extendida posible que atestigüe, castigue y corrija toda mínima e indeseable desviación de la conducta.

Desde comienzos del siglo XIX las construcciones arquitectónicas de diversas instituciones sociales han estado encaminadas hacia este fin. Así, a través de la vigilancia en los hospitales psiquiátricos, las fábricas, las escuelas, las correccionales, los campamentos militares, etcétera, se consigue un doble objetivo de control individual, a saber, el de la *división binaria-marcación* (normal-anormal, loco-no loco, peligroso-inofensivo) y el de la *asignación coercitiva-distribución diferencial* (quién es, dónde debe estar, cómo reconocerlo, cómo vigilarlo).⁹⁰ Esto gracias a la presencia, según sea el caso, de estructuras arquitectónicas específicas como puertas, ventanas, corredores, cúpulas, torres, etcétera.

Foucault propondrá el panóptico de Bentham como el modelo arquitectónico que encarna de manera más próxima la división binaria-marcación y la asignación coercitiva-distribución diferencial. Efectivamente, gracias a que cada prisionero se encuentra en su respectiva celda, no hay posibilidad de que se mezclen entre sí (división binaria-marcación). Más aún, en virtud de su diseño espacial estratégico, el inspector puede conocer en todo momento la identidad, la posición y las acciones de cada prisionero.

El autor mismo argumenta que, con el paso del tiempo, el modelo disciplinario y de vigilancia encarnado en el diseño arquitectónico del panóptico, originalmente concebido para las prisiones, se implantó en otras instituciones sociales, cada vez más numerosas,⁹¹ como consecuencia de su eficacia para conseguir un estricto control social. Esta implantación, a su vez, fue un factor determinante en la consolidación de la sociedad disciplinaria.

⁸⁹ Michel Foucault, *Vigilar y castigar...*, p. 131.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 184.

⁹¹ “Si los detenidos son unos condenados, no hay peligro de que exista complot [...]; si son enfermos, no hay peligro de contagio; si locos, no hay riesgo de violencias recíprocas; si niños, ausencia de copia subrepticia, ausencia de ruido, ausencia de charla, ausencia de disipación; si son obreros, ausencia de riñas, de robos, de contubernios, de esas distracciones que retrasan el trabajo [...]”. (*Idem*).

Si la sociedad disciplinaria se define por la implantación del modelo panóptico de vigilancia en más y más instituciones sociales; y si esta misma sociedad impulsó la existencia de nuevas tecnologías de espionaje por cuyo desarrollo y sofisticación se creó la amalgama computadora-Internet y emergió el ciberespacio, entonces parecería lícito afirmar que el modelo panóptico de vigilancia se reproduce en el entorno ciberespacial, es decir, que el ciberespacio podría ser un panóptico.

La cuestión, no obstante, aún no está resuelta. La arquitectura se asocia por definición con los espacios físicos. Ocupan, pues, un espacio físico-arquitectónico aquellas instituciones sociales (hospitales psiquiátricos, fábricas, escuelas, correccionales, campamentos militares, etcétera) en las que el modelo panóptico de vigilancia se implantó. El ciberespacio, por el contrario, sugiere carecer de atributos físicos en tanto que su ser consiste en un cúmulo de información binaria al que continuamente se accede mediante equipos electrónicos.

Recuperando a Foucault, propondría una posible solución al asunto, tan pronto el autor asegura que “con el nacimiento de nuevas técnicas y nuevos procesos económicos vemos surgir una concepción del espacio [...] que va mucho más allá de los límites del urbanismo y la arquitectura”.⁹² Así, ante presencia de la computadora-Internet y de un capitalismo en expansión, fue necesaria una nueva manera de entender la espacialidad que dejó de estar en manos de los arquitectos tan pronto aparecieron tres variables en escena, a saber, *territorio* (las fronteras se desdibujan), *comunicación* (los diálogos se virtualizan) y *velocidad* (los procesos se aceleran).⁹³ Es, por tanto, en esta espacialidad re-significada donde podría tener cabida el ciberespacio que mantendría su estatus de panóptico.

La automatización del poder y la vigilancia permanente son condiciones que adquieren mayor presencia en el ciberespacio. Mediante la creación de complejos algoritmos y de sofisticados programas informáticos es posible la recopilación, análisis y reconocimiento de grandes volúmenes de información sin la presencia necesaria del inspector, quien intervendrá sólo cuando aquéllos detecten alguna anomalía o comportamiento inusual (división binaria-

⁹² Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica...*, p. 145.

⁹³ *Idem.*

marcación) por parte de algún individuo o grupo previamente identificado (asignación coercitiva-distribución diferencial).

En este punto existe, empero, un elemento clave de diferenciación entre el panóptico de Bentham y el ciberpanóptico, pues a pesar de la automatización del poder y del aparente distanciamiento del inspector respecto a los individuos vigilados, lo cierto es que al interior del ciberpanóptico *cualquier individuo es susceptible de convertirse en inspector*, en tanto que toda información privada puede tornarse pública, es decir, accesible por cualquiera. A continuación proporciono tres ejemplos para ilustrarlo.

Piénsese en alguien cuya cuenta de Facebook hubiese sido intervenida y cuyos contenidos en su totalidad fuesen publicados en algún sitio de Internet. Cualquier persona que conozca la dirección electrónica del sitio en cuestión, habrá encarnado ya el papel de inspector sobre el individuo vulnerado y estará en posibilidades de conocer de él toda suerte de información personal, lo cual hará que experimente el peso de una vigilancia sin precedentes que podría versar incluso en torno a sus más íntimos pensamientos. Otro caso sería el de algún sujeto del que se hace un escándalo por alguna situación particular y que ahora es puesto en evidencia en algún portal digital de noticias. Ahora este sujeto es objeto de la mirada pública que lo vigila de cerca y que muy probablemente repercutirá sobre sus futuras acciones y decisiones. Un último caso que cabría mencionar es el de la misma NSA, la cual fue objeto del escudriño público por consecuencia de las revelaciones de Snowden en torno a la red de vigilancia mundial. Con ello se invirtieron los papeles de manera drástica, pues lo que podría nombrarse la *institución panóptica* más grande y de mayor presencia en el ciberespacio, pasó a ser vigilada, cual prisionero, por parte de millones de personas que en previo, por muchos años y sin saberlo, se mantuvieron vigiladas por aquélla.⁹⁴

Con todo lo anterior deberá ser claro para el lector en este punto de qué manera la imagen, esa re-presentación quizá falsa que uno da de sí en el ciberespacio, recibe su sentencia en el marco de la cibervigilancia. Ciertamente, nos encontramos ante una doble punición: por un lado está la vigilancia permanente del Estado a través de instancias como la NSA, encargadas de recuperar y analizar grandes volúmenes de información con el propósito de mantener un

⁹⁴ Incluso las instituciones –y no solamente los individuos concretos– son susceptibles de ser vigiladas en el ciberespacio.

estricto control social; y por el otro lado está la sentencia sin precedentes de que la imagen quede expuesta a la mirada pública y padezca el peso de una vigilancia masiva que deje al descubierto información que se hubiese preferido mantener en lo privado.⁹⁵

La imagen que uno forja de sí en el ciberespacio no se desvincula en momento alguno del individuo concreto que la creó. Por consiguiente, este último (el individuo concreto y no su imagen abstracta) aún es susceptible de padecer consecuencias penales (prisión) en función de la información que compartió en el ciberespacio y que eventualmente fue objeto de la vigilancia del Estado, o bien, objeto de la mirada pública.

Tras el desarrollo de este análisis parecería haber quedado resuelto al fin el problema central de la investigación, a saber, la aplicabilidad del panóptico al ciberespacio. Efectivamente, la cualidad arquitectónico-espacial del primero no conflictúa con la cualidad abstracta y no física del segundo, en virtud de la nueva concepción que ahora se tiene del espacio por consecuencia de las nuevas técnicas y los nuevos procesos económicos.

Hay, empero, un detalle importante que hasta este momento no se había tomado en cuenta en el estudio, y que ahora es menester rescatar e inspeccionar antes de asumir, quizá de manera errática, que la investigación está concluida y que no figuran otras respuestas posibles. Para abordar este detalle me serviré del caso-ejemplo de la «ciudad apestada» que utiliza Foucault para hacer referencia al *modelo ideal de panoptismo*.

Cuando la enfermedad azota la ciudad, se precisa endurecer la disciplina a niveles extremos con el fin de contener el brote y evitar que la catástrofe se magnifique. Se requiere de nuevos reglamentos, nuevas directivas, nuevas políticas públicas, nuevos procesos y, por supuesto, se requiere de una vigilancia extrema y de nuevos y muy severos castigos para todos aquéllos que osen contrariar el orden público que requiere de la perfecta y permanente colaboración de todos los ciudadanos, los cuales, por temor a sufrir la muerte (sea por la enfermedad o por castigo tras desafiar las normas) obedecerán sin reparos.

⁹⁵ Está de más señalar la humillación pública que esto representa y que invariablemente pesa sobre la reputación (imagen) de todo aquél que sufra este castigo, sea individuo o institución. Lo más cercano que en la historia se puede encontrar lo describe Foucault cuando refiere a un vehículo con barrotes dentro del cual, durante la época del suplicio, los condenados eran paseados por toda la ciudad y expuestos a la muchedumbre que pronunciaba sus más aguerridos insultos y demás agresiones contra aquéllos (Michel Foucault, *Vigilar y castigar...*, p. 240).

La ciudad apestada, toda ella atravesada de jerarquía, de vigilancia, de inspección, de escritura, la ciudad inmovilizada en el funcionamiento de un poder extensivo que se ejerce de manera distinta sobre todos los cuerpos individuales, es la utopía de la ciudad perfectamente gobernada. La peste [...] es la prueba en el curso de la cual se puede definir idealmente el ejercicio del poder disciplinario.⁹⁶

En medio de la enfermedad que encarna esta ciudad se advierte la idealización de la sociedad disciplinaria que consiguió implantarse en toda institución y por cuyo dominio se ejerce un poder absoluto sobre los individuos y sus acciones. Esta condición de la ciudad apestada podría aplicar por analogía a toda circunstancia que se presta a ocasionar un extremo descontrol social (terrorismo, por ejemplo) y que demanda la misma rigidez disciplinar.

Por tratarse de una construcción ideal, la ciudad apestada de Foucault, con toda su jerarquía, vigilancia, inspección y dominio del poder, no encuentra adecuación plena y perfecta con lo real. Así, la vigilancia total y permanente de cada acción y pensamiento de las personas, que permita un ejercicio absoluto del poder, permanecerá como un ideal inalcanzable al que constantemente se querrá acceder por medio de la dominación.

Por consecuencia de lo anterior, tanto el panóptico de Bentham como el ciberpanóptico son conceptos cuya realización está en permanente ‘construcción’, es decir, ambos están aproximándose hacia ese ideal de la vigilancia perfecta que, como tal, es irrealizable. De aquí se desprende el hecho de que no puede haber una adecuación *perfecta* entre el panóptico y el ciberpanóptico, pues cada uno, por su lado, participa de ese dinamismo que los conduce de manera paulatina hacia el ideal, empero, sin alcanzarlo. *En conclusión, sí hay una adecuación entre ambos conceptos; pero es una adecuación inacabada*, en virtud de sus transformaciones internas que los hacen ser distintos, uno respecto al otro y respecto a sí mismos.

c) Herramienta, panoptismo e introyección

Foucault asegura que “[...] el efecto mayor del panóptico [es] inducir [...] un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder”.⁹⁷ Esto es posible gracias a que, por el diseño arquitectónico de esta estructura carcelaria, el prisionero no

⁹⁶ Michel Foucault, *Vigilar y castigar...*, p. 183.

⁹⁷ *Ibidem*, p. 185.

puede ver al inspector, que podría ni siquiera estar presente, mientras aquél daría por sentada su presencia de manera permanente. Así se consigue

Hacer que la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinúa en su acción. Que la perfección del poder tienda a volver inútil la actualidad de su ejercicio; que [el panóptico] sea una máquina de crear y de sostener una relación de poder independiente de aquél que lo ejerce; en suma, que los detenidos se hallen insertos en una situación de poder de la que ellos mismos son los portadores.⁹⁸

Si tenemos en mente estas palabras del autor y, al mismo tiempo, volvemos al comienzo de esta investigación, al *Preámbulo*, podremos apreciar, con Heidegger, que el panóptico, visto en sí como una herramienta, ha sido exitosamente introyectado por cuantos son vigilados en él.

Ahor bien, este mismo fenómeno puede argumentarse para el caso del ciberpanóptico; ya que, como hemos visto, la sensación de vigilancia, esa mirada de alguien que nos vigila y que conoce nuestros movimientos, es también una constante en el ciberespacio. Así, en línea con el pensamiento de Heidegger, podemos concluir que no son ya únicamente el panóptico y el ciberpanóptico los que cambian en dinamicidad, uno respecto al otro y respecto a sí mismos; sino que también nosotros cambiamos una vez que hemos introyectado, ‘encarnado’ la herramienta, la hemos tornado constitutiva nuestra. Junto al binomio panóptico-ciberpanóptico estamos nosotros por igual en dinamicidad: mientras que la herramienta se transforma, nos transforma. Reproducimos, por tanto, el panoptismo en nuestro propio ser; trasladamos la vigilancia a nuestro interior, por cuya presencia el poder se automatiza y constriñe sin que tenga que estar presente de manera necesaria la figura de autoridad.

Frente a un constreñimiento de esta magnitud, una vigilancia que oprime por fuera, pero también por dentro, ¿cabe la posibilidad de pensar en un *sujeto libre*? A esta pregunta intento dar respuesta en el siguiente y último apartado de la investigación.

⁹⁸ *Idem.*

IV. EL SUJETO EN EL PODER

Aun cuando haya sido ya esbozada una posible vía de solución para el problema central de la investigación, resta por trabajar, no obstante y aunque sea de manera breve, un último punto pendiente a propósito de la posición que el sujeto asume en medio de las relaciones de poder que lo circunscriben y entre las cuales está inmerso.

Un primer vistazo sugeriría que el sujeto ve suspendido el ámbito de su libertad a causa de la cibervigilancia que, impuesta desde las estructuras de dominación, procura alcanzar el control sobre sus movimientos al apropiarse de la información que publica en el ciberespacio y que muchas veces da cuenta de su vida privada, sus planes, sus amistades, sus preferencias..., en fin, un sinnúmero de datos personales que, al mostrarse en manos de otros, concede a estos últimos un poder sobre aquél; un poder que torna predecible su comportamiento y que limita su acción por consecuencia de vivirse vigilado todo el tiempo. A esto habría que añadir el conjunto de instituciones sociales que, en línea con los objetivos de la sociedad disciplinaria, adoptaron de manera gradual y por igual el modelo panóptico de vigilancia. Por si fuera poco, se tiene también el fenómeno de la introyección de la vigilancia, que de manera automatizada actúa como un poder que constriñe al individuo desde sí mismo y limita su acción al vivirse vigilado.

Surge entonces la pregunta acerca de si puede o no haber un *sujeto libre* y capaz de imponerse al sometimiento que imprime la vigilancia masiva a cargo de las instituciones sociales y, más recientemente, del ciberespacio.

Un primer paso para resolver esta cuestión podría ser el intento de respuesta a una pregunta anterior, a saber, ¿qué estamos entendiendo por *libertad* desde el sujeto que se vive a sí mismo sumido en las relaciones de poder y dominación?

El mismo Foucault constituye un apoyo útil en esta tarea si tomamos en cuenta que, desde su perspectiva, “[...] las relaciones de poder suscitan necesariamente, exigen a cada instante, abren la posibilidad de una *resistencia*”.⁹⁹ Podemos entender, por tanto y en este

⁹⁹ Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica...*, p. 77. Cursivas mías.

contexto, *libertad como resistencia* que se opone al poder dominante; resistencia del sujeto que se posiciona a sí mismo y, en el acto, concede validez a su propio ser frente a aquél.

Puede apreciarse entonces que para todo acto de dominación se abre la posibilidad de una resistencia que perpetúa la dinámica de lucha por el poder. Pasamos así de la resistencia a la dominación y de la dominación a la resistencia en un movimiento dialéctico e incesante.

La introducción del elemento de la resistencia por parte de Foucault desdeña toda crítica infundada que aboga por una presunta dominación ineluctable contra el sujeto y por parte de las estructuras de poder.¹⁰⁰ Así pues, el sujeto no es presa y víctima permanente de poder opresor alguno que lo someta y doblegue su voluntad y su acción. Mantiene, por tanto, capacidad de acción, de oponerse al dominio que se le imponga.¹⁰¹

Cabe aclarar en este punto que Foucault, desde su línea de pensamiento filosófico, no demuestra ser partidario alguno de las construcciones metafísicas a partir del manejo de sus conceptos centrales.¹⁰² En otras palabras, cuando se refiere al poder, el autor no está apelando a instancia supraterrrenal alguna, sino a aquello que nace de una pluralidad de relaciones que emergen en lo social y que se mantienen en lo social.¹⁰³ Más aún, puede que resulte impreciso hablar de «el poder» como instancia única, pues con cada interacción social se presenta un manejo distinto de él que, a su vez, desencadena una resistencia cualitativamente distinta.¹⁰⁴

Es menester hacer hincapié en el hecho de que el elemento de la resistencia sugiere posicionarse en la mera *formalidad* de la acción que encara a la dominación, pues no aporta una directriz concreta para el sujeto inmerso en la dinamicidad de las relaciones de poder que confronta en su proceder social cotidiano. Así, por tanto, al quedarse en la mera enunciación de

¹⁰⁰ Más adelante Foucault añade en su defensa: “No hay relaciones de poder que triunfen por completo y cuya dominación sea imposible de eludir. Muchas veces se dijo [...] que yo, al poner el poder por doquier, excluyo cualquier posibilidad de resistencia. ¡No, es todo lo contrario!” (*Idem*).

¹⁰¹ Lo que para Foucault sí se mantiene permanente es la lucha por el poder que expresa en cada interacción social que sostenemos.

¹⁰² Michel Foucault, *El poder, una bestia magnífica...*, pp. 118-120.

¹⁰³ Lo social es donde se inscribe el ser humano y lo que abarca la totalidad de su realidad; por consiguiente, si el poder está presente en todas las relaciones sociales que aquél establece en tanto lucha por el dominio, entonces sería lícito afirmar que el poder abarca la totalidad de la realidad humana como aquello que emerge en lo social mismo.

¹⁰⁴ Esto resulta más evidente a partir de la distinción con la realidad virtual. Si bien la lucha es un elemento que se mantiene constante, la manera en la que se maneja el poder y el dominio en el ciberespacio difiere de como se maneja en la interacción social frontal si tomamos en cuenta que en el terreno virtual son imágenes o representaciones de los sujetos las que se encuentran en constante lucha.

la resistencia como contrapeso a la dominación, Foucault prescinde de elaborar un *contenido* para aquel sujeto que busca rebelarse al poder.

Aparece entonces una nueva interrogante, a saber, ¿cómo el sujeto puede manifestar una resistencia al poder desde su cotidianidad social?, por cuya resolución habrá que ir más allá de Foucault, pero sin tomar demasiada distancia de él; es decir, acudir a un autor en cuya línea de pensamiento aún se encuentre presente aquél, aun cuando el énfasis deba estar precisamente en un rescate del sujeto libre. El autor más conveniente para esta labor es, a mi criterio y juicio, Michel de Certeau.

En su obra *La invención de lo cotidiano I: artes de hacer*,¹⁰⁵ De Certeau busca sacar a la luz la producción activa de un sujeto que hasta ese entonces había sido considerado no más que un mero consumidor pasivo. Para tal propósito toma por objeto de estudio las «maneras de hacer» cotidianas, es decir, las «prácticas» comunes y simples que las personas realizan todos los días y que revelan de fondo una auténtica transformación de objetos y de bienes colocados intencionadamente a su disposición con miras a un consumo inerte. En palabras del autor,

En realidad, a una producción racionalizada, expansionista, centralizada, espectacular y ruidosa, hace frente una producción de tipo totalmente diferente, calificada de ‘consumo’, que tiene como características sus ardides, su desmoronamiento al capricho de las ocasiones, sus cacerías furtivas, su clandestinidad, su murmullo incansable, en suma, una especie de invisibilidad pues no se distingue casi nada por productos propios [...], sino por el arte de utilizar los que le son impuestos.¹⁰⁶

De Certeau insistirá en que en todo acto de usar o de practicar los objetos producidos, esto es, de llevar a cabo una apropiación de la producción, expresa asimismo y de manera simultánea un acto creador que desborda la estrechez de las reglamentaciones disciplinarias impuestas. En este punto se advierte la importancia medular que tienen las prácticas cotidianas; ya que si nos situamos en el dominio de ellas, la vigilancia aparece como una simple práctica más, entre la infinidad de posibles maneras de hacer. Así, por tanto, la práctica del ejercicio del poder coercitivo se torna bastante diminuta ante la inconmensurabilidad que representa la variedad de prácticas que el sujeto desempeña todos los días. Asimismo, la resistencia al poder

¹⁰⁵ Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano I: artes de hacer*, Universidad Iberoamericana/ITESO, México, 2000.

¹⁰⁶ *Ibidem*, pp. 37-38.

se vuelve un asunto menos apremiante e incluso sugiere perder relevancia, no sólo por la posición que desde las prácticas cotidianas asume el poder controlador, sino también porque la práctica misma, en la plenitud de su riqueza y diversidad, multiplica las posibilidades de obrar frente al poder, de con-frontar la dominación.

De esta manera, el planteamiento de nuestro autor constituye una reacción a Michel Foucault, en tanto que de ningún modo una sociedad es reductible a la mirada panóptica de la vigilancia; o lo que es lo mismo, la vigilancia absoluta que lo controla todo es un principio inadmisibles. Para De Certeau persistirán siempre procedimientos populares, maneras de hacer diversificadas, donde el poder y su ejercicio son sólo otras más entre tantas. Es la contrapartida cuyo ejercicio ya se aprecia del lado de los consumidores que organizan el orden sociopolítico a partir de procedimientos mudos.¹⁰⁷

A lo largo de su obra, De Certeau hace uso de la analogía lectura-escritura para referirse respectivamente a los procesos de consumo en contraste con los procesos de producción. Así, el acto de escribir es percibido en sí mismo como una producción por excelencia, actividad creadora que se plasma y materializa en objetos que más tarde son consumidos. Mientras tanto, la lectura, por su parte y en palabras del autor, “[...] parece constituir el punto máximo de la pasividad que caracterizaría al consumidor, constituido en mirón (troglodita o itinerante) en una ‘sociedad del espectáculo’”.¹⁰⁸ Todo ello revela su falsedad en tanto que

En realidad, la actividad lectora presenta al contrario todos los rasgos de una producción silenciosa: deriva a través de la página, metamorfosis del texto por medio del ojo viajero, improvisación y expectación de significaciones inducidas con algunas palabras, encabalgamientos de espacios escritos, danza efímera.¹⁰⁹

¿Cómo aplicar al ciberespacio este planteamiento elaborado por De Certeau en relación con el sujeto vigilado en dicho medio virtual? En principio, los equipos electrónicos que se conectan al ciberespacio y que permiten acceder al océano de información que en sí contiene son un claro ejemplo de los antedichos objetos producidos de los que el sujeto, en recurso de esos ardides a los que refiere el autor, tiene la facultad de apropiarse en el uso particular que de

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. XLIV.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. LII.

¹⁰⁹ *Idem*.

ellos hace y en donde incluso guarda la posibilidad de desafiar al poder representado en la vigilancia masiva que procura ese control absoluto de las masas. Ahora bien, en el uso particular que un sujeto hace de un determinado equipo electrónico cabe el empleo de herramientas y programas informáticos especialmente diseñados para la neutralización de la vigilancia. Más aún, el sujeto mismo es libre de elegir en qué momento hacer uso del equipo y bajo qué circunstancias y fines particulares que escapan a la cuadrícula del poder. Por último, el sujeto está facultado para decidir qué información recibir y cómo asimilarla, procesarla y hacerla propia de manera única e irrepetible. Asimismo puede elegir qué publicar, es decir, tiene el poder de formar una imagen propia de sí en el ciberespacio y de hasta qué punto esta última se correspondería con la imagen de su ser. En suma, el sujeto realiza un conjunto de prácticas simples pero efectivas que escapan a la mirada del poder. Y si bien aquél podría conscientemente buscar maneras de hacer resistencia a la vigilancia (en el empleo de herramientas y programas informáticos que la neutralicen), lo cierto es que ya desde su sola acción, quizá sin que se dé cuenta, está escapando del poder que, como simple práctica más, se ve impedido de abarcar en su estrechez la riqueza desbordante de las prácticas en su totalidad.

Entre todas las maneras de hacer, cabe destacar una muy peculiar que guarda especial relevancia para el presente estudio. Las «prácticas del espacio» tienen que ver con los diversos modos de habitar un lugar a partir de la apropiación de los lugares de convivencia en donde se dan lugar las maneras de hacer mismas en interacción con los bienes de consumo. De Certeau destaca la gran urbe, la ciudad, como el espacio por antonomasia en donde acaecen las prácticas. Esto se debe, tanto a la magnitud de la producción (escritura) que las ciudades en sí mismas representan, como al consumo (lectura) que de ellas el sujeto efectúa. Y como es de esperarse por lo que se discutió en previo, el ‘consumo’ de la ciudad no es pasivo en sentido alguno, sino que, por el contrario, cada persona, en su singular manera de interactuar (prácticas del espacio) con todas y cada una de las construcciones dentro de la ciudad, realiza una activa transformación que, de nuevo, en recurso de ardidés que escapan al ojo del poder, subvierten sutilmente un orden horizontal y uniforme que procura homologar por igual la vivencia del espacio.

La aplicación de las prácticas del espacio al entorno virtual cobra sentido si se toman en consideración las múltiples maneras como los sujetos tienen la posibilidad interactuar con los servicios que se ofrecen en Internet. Aun con la estricta vigilancia que atraviesa al ciberespacio,

cada persona que ingresa a él puede hacerlo de manera única e irrepetible, y dejar así una huella que nuevamente escapa al ojo del poder. Para ilustrar esto hay que retrotraer el caso de las redes sociales, por ejemplo, Facebook. El diseño de cada perfil es idéntico para cada usuario que desee registrarse en la plataforma, y cuenta con las mismas herramientas para su gestión (lo que recuerda un poco a las celdas del panóptico de Bentham o a los edificios de las grandes urbes que, vistos desde la lejanía, aparentan todos iguales). A pesar de esta cuadratura impuesta y de la rígida vigilancia que somete al usuario del otro lado de la pantalla, el sujeto, en la constitución de su imagen, tiene el poder para generar un perfil único e irrepetible con información del mismo carácter. En otras palabras, ejerce su poder para habitar el ‘gran edificio’ que representa esta red social, entre los otros incontables ‘edificios’ que consolidan ‘la gran urbe’ ciberespacial, un entorno abstracto, no físico, que, a pesar de su tendente apariencia de panóptico, alberga resquicios para una auténtica resistencia al poder desde la simpleza de lo cotidiano en las incontables prácticas, maneras de hacer, de habitar.

CONCLUSIONES

Podría decirse que toda investigación que hubiese seguido un correcto desarrollo lleva en seno la articulación de conocimientos pasados (proporcionados por autores que se retoman y contribuyen al análisis) con aportes presentes (por parte del investigador que piensa a través de los autores) que en su conjunto consiguen abrir nuevos horizontes en los cuales se vislumbran nuevas investigaciones futuras que se apoyan en las ideas forjadas por el investigador que ahora será, a su vez, una fuente pretérita a la que otros habrán de recurrir. En este sentido es lícito afirmar que ninguna investigación particular tiene la última palabra; pues al contrario, debe ser pie y palanca para próximas indagaciones, y no una suerte de bóveda o fortaleza que clausure todo intento de nuevo conocimiento a partir de sí.

A lo largo de estas páginas procuré mantener un esfuerzo constante por llevar esta investigación mía a través de un sendero que no perdiese de vista aquel correcto desarrollo. Así, en recurso de autores como Martin Heidegger, Javier Bustamante, Reginald Whitaker, Glenn Greenwald y, desde luego, Michel Foucault y Michel de Certeau, articulé conocimientos pasados con ideas propias para trabajar un problema que, a mi parecer, merecía especial atención. Un problema que en sí no es un asunto nuevo y que, incluso, ha sido ya abordado frontalmente por algunos de los mismos autores a los que recurrí; pero que, en virtud del incesante flujo tecnológico, consideré que precisaba ser planteado de nuevo, escudriñado y actualizado con miras a una nueva posibilidad de solución que en ningún caso debería ser apodíctica, sino tan sólo una respuesta entre muchas otras tantas posibles.

Sería poco fructífero, considero yo, emprender en este último apartado una simple y llana recapitulación, un recuento estéril del trabajo hecho (para lo cual preferiría instar al lector a releer mi texto completo, o bien, cuando menos, aquellas secciones que le resulten primordiales bajo su propio criterio y juicio). Prefiero, pues, en concordancia con el concepto de una investigación bien gestionada, comenzar a abrir vetas para futuras indagaciones que de ésta se desprendan. Para ello he menester explicitar, en primer término, cuáles podrían ser algunos de los puntos que quedarían pendientes a partir del trabajo realizado, lo cual demanda, no obstante, emprender un breve repaso por él, con tal de esclarecerlos.

Con Heidegger abrí la investigación en un breve preámbulo. Sus disquisiciones permitieron aterrizar la importancia de *la herramienta* cuando se trata de «des-alejar» aquello que nos queda en la lejanía (personas, información, otras cosas, etcétera). Al mismo tiempo hicieron evidente el progresivo dominio de las ‘modas tecnológicas’ que suelen imponerse debido a la universalización en el uso de «útiles» en determinado momento y sociedad.

Se decía que en el des-alejar de una persona por mediación de un útil se produce de modo inevitable una sustitución de aquélla por éste. En otras palabras, el sujeto es reemplazado por una cosa que interviene por él. En esto podría residir un primer punto pendiente si reflexionamos en torno a una sociedad en donde la interacción cara a cara comienza a perder relevancia hasta desdibujarse casi por completo. Aquel «rostro» –tan importante, por ejemplo, para Emmanuel Levinas– que nos abre al otro, a lo que siente, piensa y vive, se intercambia por una matriz de píxeles sobre una pantalla, al igual que se lo hace con toda la corporalidad de un sujeto viviente en cuyo contacto físico podría transmitir un mensaje distinto, más amplio y rico, que aquél manifestado por el útil interventor.

Si bien el útil tiene la capacidad de acercar a los lejanos, hay que enfatizar también su potencial para *alejar a los cercanos*. No es infrecuente que, embebidos en el trato con la información que los útiles des-alejan, perdamos de vista al que tenemos en frente, al sujeto inicialmente no lejano que ahora alejamos con nuestra desatención, en el afán de aproximar al que está fuera de nuestro alcance.

¿Qué consecuencias filosóficas traería, pues, la pérdida de ese sujeto ante nosotros y de la significación de su mensaje en nuestra interacción con él cara a cara y desde toda su corporalidad? ¿Puede un individuo, en principio, con toda su historia, sus vivencias y sus significaciones, ser sustituido por una máquina? Y de no ser así, ¿qué de aquél lo vuelve cualitativamente distinto de ésta, considerando los avances tecnológicos que tienden a aproximarse cada vez más al modo humano de estar-en-el-mundo?

Un último punto que se me ocurre que podría quedar pendiente desde Heidegger tiene que ver con la importancia de cuestionar el dominio de las ‘modas tecnológicas’. En alguna ocasión Marx declaró de manera muy atinada que “[...] la producción de demasiadas cosas

útiles produce demasiada población inútil”.¹¹⁰ Hay que interrogarse, pues, desde una óptica filosófica y de manera individual, la necesidad en el consumo de tantos útiles que en algunos casos convocan a la antedicha sustitución del otro y, en otros tantos casos, a nuestra propia sustitución en la inutilidad que nos deja la comodidad de que el útil se haga cargo de aquello que nos compete, de nuestra propia existencia.

Aún a nivel del preámbulo, con Bustamante introduce el problema de la técnica en la pérdida de dominio sobre nuestra existencia desde la pérdida de dominio sobre la tecnología misma que producimos. En consideración de este fenómeno hago mención de otro punto pendiente que se desprende y que va en paralelo con él: la *eudaimonía*,¹¹¹ un concepto clásico que guarda relación con la experiencia de plenitud y de bienestar.

Basta una simple pregunta para traer a luz de la reflexión filosófica el asunto de la *eudaimonía*: ¿nos vivimos más plenos y más apropiados de nuestra existencia como sociedad y como individuos frente a los irrefrenables avances tecnológicos y los beneficios que de ellos obtenemos? Hay que puntuar que, según Bustamante, somos, en principio, sujetos de las condiciones de funcionamiento que demandan nuestras creaciones derivadas del uso de la técnica. Ahora bien, parecería que la vigilancia masiva se ha tornado ya una condición de funcionamiento para el ciberespacio; una condición que muchos sugieren estar dispuestos a aceptar tan pronto optan por seguir haciendo uso de él y de las comodidades y beneficios que ofrece, y a pesar del peso y la magnitud de la cibervigilancia, y del malestar que podría provocar el hecho de saber que el dominio de la vida privada se desvanece de manera gradual para instalarse más del lado del dominio público. ¿Será entonces que hemos renunciado a la búsqueda de la *eudaimonía*?, ¿o será que no estamos buscando en el sitio correcto en espera de encontrarla? ¿Cómo estamos entendiendo hoy la plenitud y el bienestar y de qué manera pudo haber influido la técnica en su concepto? Todas estas interrogantes quedan abiertas y constituyen en su conjunto un terreno fecundo para próximas indagaciones.

¹¹⁰ Karl Marx, *Manuscritos: economía y filosofía*, Alianza, Madrid, 1980, pp. 160-161.

¹¹¹ La *eudaimonía* (εὐδαιμονία) es un término griego que hace alusión a la vida plena y próspera desde el ejercicio constante de las virtudes humanas. Aristóteles, por ejemplo, solía insistir en que la *eudaimonía* debe constituir el objetivo primordial de la filosofía práctica.

Desde su aparición, el ciberespacio ha ganado cada vez más importancia en el terreno de las comunicaciones, lo que se refleja en el hecho de que hoy en día abarca numerosas áreas de nuestra vida cotidiana en nuestra interacción con las cosas, con los lugares y con los otros. Tal expansión paulatina e incesante del ciberespacio dentro del mundo físico podría sugerir una tendente sustitución de lo físico por lo virtual, en donde lo primero parecería perder relevancia frente a lo segundo. ¿Qué implicaciones filosóficas y epistemológicas traería para nosotros este fenómeno para aquello que hasta este momento entendíamos por «realidad» y por «mundo»? ¿Qué es 'más real' ahora, la realidad virtual o la realidad física?, ¿es posible separarlas, en principio? ¿Podría figurarse un punto en el que la realidad virtual abarque todas las áreas de interacción humana al grado de que la realidad física pueda ser algo prescindible? Esta última interrogante, aunque de momento quizá connote no más que mera ciencia ficción, traería consecuencias interesantes si se introduce el panóptico como una variable en función, pues en este caso hablaríamos de su total traslación al plano virtual, lo que implicaría necesariamente una reformulación radical de su concepto que dejaría del todo de lado su carácter físico, es decir, su esencia. ¿Podría, por tanto, llegarse a un punto en el cual el panóptico foucaultiano quede agotado a nivel conceptual? Y de ser así, ¿qué herramienta conceptual sería necesaria para describir la magnitud de una vigilancia virtual que lo abarcaría todo?

El panorama de una vigilancia cada vez más extendida sobre lo virtual y de una virtualización cada vez más extendida sobre lo físico insinuaría una nueva cotidianidad desde la cual el sujeto tendría que habérselas con una realidad cualitativamente distinta que le demandaría el uso y recurso de nuevos ardidés que le permitan permanecer libre. Tal situación no le resultaría fácil si tomamos en cuenta, no obstante, que la vigilancia podría lograr abarcar, quizá, en algún momento futuro, ya no sólo nuestras acciones, sino también la intencionalidad que las antecede y detona: nuestros pensamientos, pulsiones, emociones, sentimientos, voliciones, etcétera. Llegado este momento, ¿aún sería la vigilancia una simple práctica más, entre otras? ¿Habrá un resquicio cada vez menor para este sujeto libre?

Para cerrar estas conclusiones y finalizar la investigación me gustaría invitar al lector a atreverse a pensar si cabe la posibilidad para algo distinto, o bien, si considera que el camino que hemos trazado y que hasta ahora hemos seguido de manera fiel nos conducirá ineluctablemente hacia un horizonte único.

La historia nos muestra que la evolución de la técnica, en paralelo con el desarrollo de la ciencia, se ha materializado en toda suerte de cosas que han contribuido a facilitar los procesos de nuestra cotidianidad y a volver más ‘cómoda’ nuestra existencia, so pena de sacrificar muchas veces nuestra propia autonomía –la cual cedemos a las cosas que creamos– y nuestra intimidad –cuando las cosas que creamos son utilizadas para vigilarnos–. En este sentido me atrevo a afirmar que hemos permitido de manera gradual el uso de *la herramienta* en contra nuestra, cuando de lo que se trataba era de utilizarla a nuestro favor y en nuestro beneficio. Hemos, por tanto, optado por una trayectoria histórica de la cual parece que no vemos una posibilidad distinta, o quizá sea el caso que no deseamos ver otra posibilidad por estar demasiado sumergidos en ésta que elegimos y, además, porque no nos atrevemos a cuestionarla de fondo, a con-frontarla para ya no estar más dentro de ella, sino frente a ella, mirarla desde otra perspectiva que nos conduzca a su análisis reflexivo. En fin, hacer el esfuerzo por verla como una de tantas vetas posibles y ya no más como la única y permanente.

Insto, pues, al lector a la reflexión. Si aún considera que cabe la posibilidad para algo distinto, lo invito a atreverse a cuestionar al poder y a ejercer el suyo propio; a posicionarse frente a aquél y a no renunciar a sus ardides, a pensar nuevos y más profusos que denuncien esa resistencia ya no sólo ante la vigilancia, sino también ante esta posibilidad histórica que hemos construido y de la cual formamos parte.

Como puede verse, son numerosos los puntos pendientes al cabo de la investigación, al igual que son más las preguntas sin resolverse que aquéllas a las que procuré ofrecer un intento de respuesta. Tal era la intención para estas conclusiones, por cuyo desarrollo considero haber dejado la semilla sembrada en un terreno fértil para futuros estudios que partan de este aporte mío a la filosofía.

FUENTES DOCUMENTALES

- Benjamin, Walter, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, Itaca, México, 2003.
- Brookshear, Glenn, *Teoría de la computación: lenguajes formales, autómatas y complejidad*, Addison-Wesley, México, 1999.
- Bustamante Donas, Javier, *Sociedad informatizada, ¿sociedad deshumanizada? Una visión crítica de la influencia de la tecnología sobre la sociedad en la era del computador*, Gaia, Madrid, 1993.
- De Certeau, Michel, *La invención de lo cotidiano I: artes de hacer*, Universidad Iberoamericana/ITESO, México, 2000.
- Foucault, Michel, *El poder, una bestia magnífica: sobre el poder, la prisión y la vida*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012.
- _____ *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México, 2008.
- Friedman, George, *La filosofía política de la Escuela de Fráncfurt*, Fondo de Cultura Económica, México, 1981.
- Greenwald, Glenn, *Sin un lugar donde esconderse*, Ediciones B, Barcelona, 2014.
- Heidegger, Martin, *Ser y tiempo*, Trotta, Madrid, 2014.
- Kant, Immanuel, *Crítica de la razón pura*, Taurus, México, 2013.
- Kemp, Simon, *Report: Social media use is increasing despite privacy fears*, The Next Web, 17/IV/2018, <https://thenextweb.com/contributors/2018/04/17/report-social-media-use-is-increasing-despite-privacy-fears/> Consultado 16/III/2019.
- Marx, Karl, *Manuscritos: economía y filosofía*, Alianza, Madrid, 1980.
- Radwanick, Sarah, *It's a Social World: Social Networking Leads as Top Online Activity Globally, Accounting for 1 in Every 5 Online Minute*, Comscore, Inc., 21/XII/2011, <https://www.comscore.com/Insights/Press-Releases/2011/12/Social-Networking-Leads-as-Top-Online-Activity-Globally/> Consultado 13/III/2019.
- Whitaker, Reginald, *El fin de la privacidad: cómo la vigilancia total se está convirtiendo en realidad*, Paidós, Barcelona, 1999.

